

enero/febrero de 1981



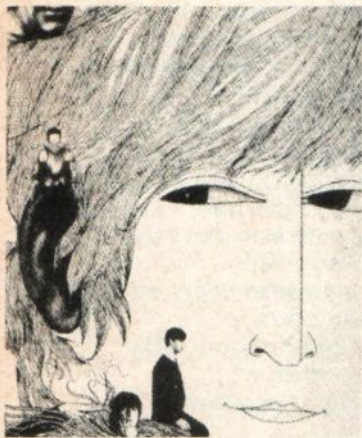
# EL ORNITORRINCO

revista de literatura

\$ 6.000.-

## 9

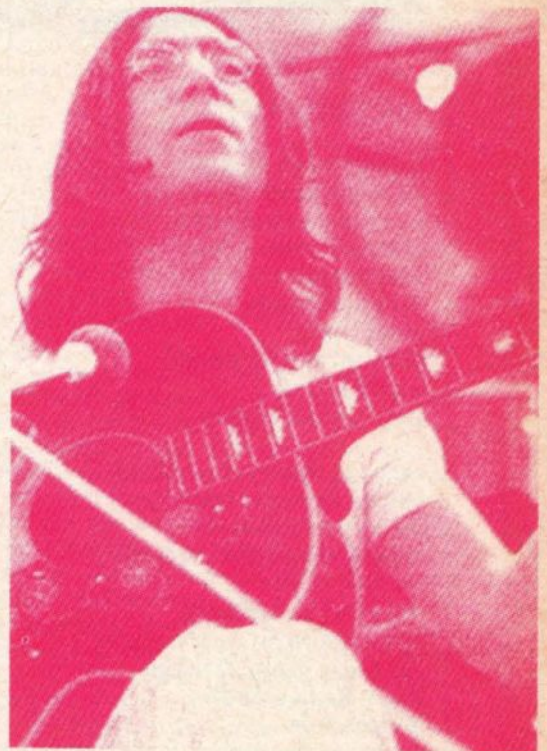
### uno debería ser siempre un poco improbable / oscar wilde



### jean piaget



### reportaje a leopoldo marechal



### dino buzzati anton chejov



poco a poco, gradualmente, hasta que esta locura total lo está reduciendo a uno, y uno está haciendo exactamente lo que no quiere hacer con gente que no puede soportar - la gente que no odiaba cuando tenía diez años-. Y esto es lo que digo en mi nuevo long play: me acuerdo de todo eso, ¡malditos! Eso es lo que digo, no me agarran dos veces.

John Lennon

### un inédito de julio cortázar



### denise levertov

### concurso de cuentos







Osip Maldenstam

Con un vaso de agua  
hervida aún tibia  
junto a una pequeña  
estufa que no daba  
mucho calor  
estaba sentado  
repetiendo  
esas verdes palabras  
Laura laurel  
escritas en Aviñón

cuando desde el sombrío  
día de invierno entró  
de verde la Muerte  
después de haber viajado  
en tren a pie  
diez mil kilómetros,  
y moviéndose para hacerle  
un lugar junto al fuego  
el poeta la saludó  
pidiéndole  
noticias de casa.

denise  
levertov

## MUERTES

II

César Vallejo

La muerte amada  
le gritó en el oído,  
su oído hecho para grabar  
el mínimo, el más delgado  
grito del bicho y  
las algazaras de la libélula  
y con la galantería que él  
tenía para todas las toscas  
cosas vivas que van  
tropezando en rotos zapatos  
se inclinó y sin  
titubear ante el negro aliento  
le dio su brazo y  
se fueron por donde ella  
había venido y  
doblaron, la esquina.

Denise Levertov

Aunque nació en Inglaterra, en 1923, Denise Levertov pertenece por derecho propio a la poesía norteamericana, particularmente a las corrientes heredadas de William Carlos Williams y Pound. Su residencia en los Estados Unidos, tras la segunda guerra, hizo que su obra — clara, intensa, sutilmente femenina — fuera ejerciendo una influencia cada vez más decisiva en ese país. "Compañera de ruta" de Ginsberg, Ferlinghetti y el resto de la *beat generation*, su poesía "trata de registrar lo real, pero organizado dentro del poema, de modo que los objetos se convierten en símbolos de una verdad más amplia y profunda", señala Alberto Girri. La traducción pertenece a José Manuel Arango.

## el ornitorrinco

revista de literatura

### DIRECCION

Abelardo Castillo  
Liliana Heker

### REDACCION

José Blanco, Rodolfo Grandi,  
Irene Gruss, Annie Haslop,  
Bernardo Jobson, Ricardo Ma-  
neiro, Jorge Mirarchi, Jorge  
Viera.

### CIENCIAS HUMANAS

Sylvia Iparraguirre

### POESIA

Daniel Friedemberg

### Colaboran en este número:

Antonio Cisneros, Julio Cortá-  
zar, Elvio Gandolfo, Elena Ma-  
rengo, Guillermo Martínez Yan-  
torno, Juano Villa fañe.



Registro de la propiedad inte-  
lectual Nº 1.398.897

Casilla de Correo 214,  
Sucursal 3  
1403 - Buenos Aires



## otras cuestiones del lenguaje

### editorial

En otras circunstancias históricas, dedicar un editorial de nuestra revista a los derechos humanos, nos hubiera parecido una ridiculez. O una astucia: un ejercicio retórico para escaparle a un real compromiso político o ideológico. Que la persona humana (entidad bastante diluida y algo menos incómoda que ciertos argentinos concretos que habitan nuestro país) tiene derechos civiles, era una de esas cuestiones en la que todos parecíamos de acuerdo por lo menos desde la Revolución Francesa. Descubrir que tal acuerdo era aparente, demostraría hasta qué punto las palabras, a fuerza de repetidas, pierden su significación. O la cambian. Acostumbrados desde la escuela a recitar expresiones como "derechos", "justicia", "dignidad", solemos tolerar perfectamente las condiciones inhumanas en que viven otros hombres. No es de esto, sin embargo, de lo que vamos a hablar: no de cómo las palabras se degradan a sonido, sino, justamente, del proceso inverso. De cómo hay momentos en que un lenguaje empobrecido (porque la libertad del hombre que lo articula se encuentra restringida) parece recuperar por sí mismo ciertas palabras cenicientas y las recarga de sentido: las vuelve amenazantes. Hoy, en la Argentina, alguien podrá utilizar la expresión "derechos humanos" para exhibir qué amplio es su espíritu, pero lo más probable es que, sin proponérselo, hable de otra cosa. Porque hoy defender esa especie de dinosaurio lingüístico (los derechos del hombre) significa, en nuestro país, una respuesta histórica concreta a una situación histórica concreta. Hasta la palabra "ley" se ha vuelto expresiva. Hasta la palabra "Constitución" parece a punto de estallar. Defender los derechos humanos, exigir que se cumpla la Constitución, reclamar que todo argentino sea juzgado de acuerdo con nuestras leyes, se ha vuelto tan "comprometedor" que asusta. Pero, a quién asusta. Y por qué.

Es evidente que ninguno de estos reclamos de sacristía puede parecer extravagante o excesivo. No ya un intelectual o un político, hasta un filatelista, puede en cualquier lugar del mundo suscribir tan sensatos tópicos. Y, sin embargo, se nos quiere hacer creer que acá son censurables. La prueba más concreta la constituye el silencio (cuando no la condena) oficial y oficialista que rodeó al hecho de que un escultor, católico y argentino, haya ganado el Premio Nobel de la Paz.

Somos argentinos. Estamos tan acostumbrados a la arbitrariedad que todo nos resulta natural. Sin embargo, no es natural. No es natural que un compatriota, católico militante, defensor de la paz, gane el Premio Nobel y no reciba un saludo oficial; que lo premie personalmente el rey de Suecia, y el embajador argentino no esté presente. No sólo no es natural: es grotesco. O temible. Dejando de

lado por un momento la cuestión de fondo, vayamos exclusivamente a lo formal. Si un boxeador pone patas arriba a otro y se viene con un título, no hay gobierno argentino que no juzgue ese hecho digno de un telegrama laudatorio, vinculado siempre al Espíritu Patrio. ¿Cómo puede ser entonces que un Premio Nobel de la Paz resulte contrario al sentimiento argentino? Unos días antes el país entero estaba conmocionado: ¿recibiría o no Borges el Nobel de literatura? Y no importaba lo que se opinara sobre Borges: se trataba de una cuestión nacional. No vamos a defender ahora ese fanatismo de republiquetá que nos sobreviene en momentos análogos, se trate de un Premio Nobel, un campeonato de fútbol o una beca estudiantil a Andorra. Lo cierto es que estábamos a punto de volvernos sublimes si le daban el premio a Borges. Un día antes de que se lo premiara a Pérez Esquivel, el señor Mariano Grondona hizo una valoración cultural cuantitativa: éramos el único país latinoamericano con tres premios Nobel. Olvidaba, ya que la cuestión iba por el lado de la matemática, que Chile (territorio angostito y con un tercio apenas de nuestra población) había recibido dos, lo cual lo volvería, proporcionalmente, un país mucho más civilizado que el nuestro. El 12 de octubre los premios todavía eran valores o por lo menos galardones asépticos; el 13 de octubre volvimos a la realidad. Ese día, un argentino, Adolfo Pérez Esquivel, recibió un Premio Nobel. Pero era un premio perverso. Nadie consideró lo civilizados que éramos ahora, con un premio más. La valoración cuantitativa quedó de lado; de pronto el Premio Nobel se había vuelto personal e insultante. Y esta actitud es la que oficialmente adoptó el país. La propaganda adversa fue tan infantil que hasta despeinados adolescentes llegaron a declarar que el premio a un escultor, defensor de los derechos humanos, era una perfidia internacional que deslucía nuestra imagen. Seguramente: el demoníaco rey de Suecia quería hacerle un daño a la Argentina.

Por favor. Pero ahí tal vez podría rastrearse lo más inquietante. Qué podemos esperar de una generación de argentinos a los que palabras como escultor, derechos humanos o paz, pueden parecerles nocivas. ¿O quizá esa no es la opinión de toda nuestra juventud? Quizá. Y quizá la opinión oficial no siempre representa la opinión de un pueblo adulto.

Para terminar. El 10 de diciembre se conmemoró el Día de los Derechos Humanos. En adhesión a esta fecha, reproducimos las solicitudes que se publicaron en los diarios en agosto y diciembre de 1980. No importa que apenas se vean las firmas. Se sabe que firmaron los mejores, y se nota que son muchos.

LA DIRECCION



Ante la situación de angustiosa incertidumbre por la que atraviesan los familiares de personas desaparecidas por motivos políticos o gremiales, nos solidarizamos —por razones de ética y de justicia— con el reclamo que formulan padres, hijos, cónyuges, hermanos y allegados, ante las autoridades nacionales para que

# SE PUBLIQUEN LAS LISTAS DE LOS DESAPARECIDOS SE INFORME SOBRE EL PARADERO DE LOS MISMOS

Dr. Edgardo ACUÑA, Prof. Héctor AGOSTI, Padre Jorge AGUIAR MARTIN, Padre Marciano ALBA, Dr. Oscar ALENDE, Dr. Raúl R. ALFONSIN, Sr. Rodolfo ALONSO, Sra. Mené ARNO, Sr. Jorge ASSIS, Sr. José Manuel AZCURRA, Dr. Carlos Alberto AXAI, Sr. Carlos ARNAEZ, Dr. Alfredo AVELIN.

Padre Enrique BACA S.S., Dr. Eduardo S. BARCESAT, Dr. Mario P. BARDI, Sr. Edgard BAYLEY, Sr. Adolfo BIOY CASARES, Etc. Deolinda BITTEL, Sr. Manolo BLANCO, Dr. Diego Enrique BLOCK, Sr. Jorge Luis BORGES, Dr. Enrique G. BROUQUEN, Sr. Victor BRUSCHI, Sr. Alberto BRUZZONE, Sra. Marcela BRAVO, Sr. Miguel Angel BUDINI, Dr. J. BORCOSQUE.

Dr. Roberto CABICHE, Sr. Carlos R. CABRERA, Dr. Luis CAEIRO, Dr. Pedro Daniel CAMPOARA, Dr. Bernardo CANAL FEJUD, Sr. Héctor CASELLA, Sr. Elio CASTELNUOVO, Ing. Atilio CATTANEO, Dr. Moisés CHERNAVSKY, Prof. Hebe CLEMENTI, Padre Francisco CODAN S.S., Sr. Jorge COUSÉLO, Sr. Arturo CUADRADO, Sr. Luis CABRAL, Sr. Luis Alberto CACERES.

Dra. Ethel S. DIAZ, Dr. Eduardo DIAZ de GUIJARRO, Dr. Eduardo Alberto DUHALDE, Dr. Isidro Oscar DIAZ.

Sr. Antonio EMBRICIONI, Dr. Carlos ESCRIBANO, Pastor Aldo ETCHEGOYEN, Profra. Delia S. ETCHEVERRY.

Padre Luis Angel FARINELLO S.S., Sr. Athos FAVA, Dr. Carlos S. FAYT, Sr. Federico FERNANDEZ, Arq. Hugo FONTANA, Dr. Guillermo FRUGONI REY.

Dr. Néstor GALLINA, Sr. Victor O. GARCIA COSTA, Sr. Roberto GARCIA, Arq. Francisco GARCIA VAZQUEZ, Dra. Nilda L. GARRE, Obispo Carlos GATTINONI, Sr. Sergio GERSENZENON, Padre Enzo GIUSTOZZI, Pastor Raúl A. GLEIN, Prof. Francisco GNERI, Dra. María Florentina GOMEZ MIRANDA, Sr. Salvador GOMEZ, Dr. Carlos GONZALEZ PASTOR, Rubino Roberto GRAETZ, Sr. Italo GRASSI, Sr. Luis GREGORICH.

Padre Jorge HERRERA GALLO, Obispo Miguel Esteban GELBER.

Dr. Jaime JONTE.

Prof. Luis F. IGLESIAS.

Dr. Gregorio KLIMOSKY, Arq. Julio KESELMAN.

Pastor Enrique LAVIGNE, Padre Mario LEONFANTI S.S., Dr. Gregorio LEKNER, Sr. Fernando LEYES, Pastor Pedro LINIENKAMPER, Dr. Vicente SOLANO LIMA, Sr. Tauba LIPOVICH, Dr. Roberto Jorge LORDI, Sra. Marta LYNN.

Sr. Francisco MADARIAGA, Sra. Leonor MANSO, Sr. Jorge MANZUR, Obispo Manuel MARENGO, Dr. Rafael MARINO, Sr. MARTINEZ HOWARD, Profra. Ana M. MEDINA de RAMOS, Dr. Carlos Souf MENNEN, Sr. César Luis MENOTTI, Rubino Marshall MEYER, Dr. José MIGUEZ BONINO, Sr. Enrique MOLINA, Sr. Pablo MONARDEZ, Dr. José María MONNER SANZ, Padre Felipe MOYANO FUNES, Dra. Alicia MOREAU de JUSTO, Sr. Horacio MUJICA, Sr. José Ubaldino MONTAÑO, Sr. Marcelo MARCO.

Obispo Jaime de NEVARES, Obispo Jorge NOVAK, Sr. Enrique Nuciglia.

Dra. Alicia OLIVEIRA, Sra. Olga OROZCO, Sr. José Luis OTEHO.

Obispo Federico J. PAGJRA, Sr. Oscar PALMEIRO, Sr. Rogelio PAPAGINO, Dr. Alberto P. PEDRONCINI, Prof. Yvon PENELON, Prof. Ural A. PEREZ, Sr. Carlos PEREZ, Dr. Ataulfo PEREZ AZNAR, Sr. Adolfo PEREZ ESQUIVEL, Dr. Osvaldo PEREZ PAKDO, Sra. Vicky PIC, Sr. Eduardo PIMENTEL, Sra. Susana PEREZ GALLAR, Dr. Héctor T. POLINO, Dr. Juan José PRADO.

Sra. Matilde QUARRACCINO.

Dr. Pablo RAMELLA, Dr. Arturo E. RAVIÑA, Sr. Raúl RAVITI, Sr. Cipriano REYES, Padre Federico RICHARDS P.P., Ing. Agr. Andrés RINGUELET, Sr. Jorge RIVERA LOPEZ, Padre Gastón ROMANELLO, Dr. Domingo A. ROMANO, Prof. José María ROSA, Sr. Carlos RODRIGUEZ, Sr. Miguel Angel RUGIDO, Dr. Martín RIVEROS, Dr. Horacio R. RAVENA.

Dr. Vicente SAADE, Sr. Hermenegildo SABAT, Sr. Ernesto SABATO, Sr. Jorge SALCEDO, Prof. Jorge SARAVI RIVIERE, Dr. José María SARRABAYROUSE, Sr. Herman SCHILLER, Sr. Jaime SCHMURGELD, Sra. Aurora SIMONAZZI, Sra. Susana Esther SOBA, Cont. Miguel O. SOCAS, Sr. Antonio SOFIA, Lic. José Boris SPIVACOW, Dr. Bernard SZMUKLER, Dr. Federico TORRANI (h).

Sr. Juan José TACCONE, Dra. Blanca TAMAGNO, Sr. Pinjas TENECH, Sra. María Rosa TOLA, Obispo Luis Juan TOME, Sra. Antonieta Treviño de CHULAC, Arq. Julio Miguel TRINCHERI.

Dr. Enrique de VEDIA, Pastora M. Alicia VERHOEFEN, Ing. Elida VESCHI, Dr. Julio J. VIAGGIO, Dr. Néstor A. VICENTIE, Sr. Héctor VIEL TEMPERLEY, Dra. Sofía VILLEGAS de VILLARREAL, Dr. Alberto Felipe VILLAGRA, Sra. Julia Von GROLSMANN, Padre Daniel VRECAR S.S.

Siguen las firmas

## SOLICITADA

Ante la situación de angustiosa incertidumbre por la que atraviesan los familiares de personas desaparecidas por motivos políticos o gremiales, nos solidarizamos —por razones de ética y de justicia— con el reclamo que formulan padres, hijos, cónyuges, hermanos y allegados, ante las autoridades nacionales para que

# SE PUBLIQUEN LAS LISTAS DE LOS DESAPARECIDOS SE INFORME SOBRE EL PARADERO DE LOS MISMOS

- Abelardo ARIAS, Pbro. Juan José ARNAEZ, Carlos AUJERO, Blas ALBERTI, Daniel ARMANDO, Angel C. ARIAS, Osvaldo ALVAREZ GUERRERO, Alberto ABAYU, Alberto ACHAVAL, Eva AISENBERG, Luis ALFERRI, Abel ARGENTO AROUELLES, Rubén ARROYO, G. ACOSTA, Orlando ANDRADA, Manuel ABAD, Alfredo ALLUB, Elio Astolfo AVILA, Mario Elvira AVILA, Wenceslao ARZCUREN, Oscar ALBRIEU (h), Carlos Edmundo ALVARADO, Ramón Adrián ARAUJO,
- Pastor Enrique ROSEMBERG, Luis BRANCO, Rdo. Italo BARBERIO, Luis BERGONZELLI, Domingo T. BAGLI, Emilio BRITES, Rodolfo M. BOTTI, Oscar A. BORCONIYO, Rolando BONACHI, Jorge BUTRAN, Oscar Carlos BASUALDO, Edgar BARBERO, Manuel BLANCO, Sergio BERIN, Carlos BOETTO, Jorge E. BARROSO, Julio C. BRACCIOLA, Eduardo BROGUET, Jorge BARBAGELATA, Dámaso BAUCHO, María Rosa BELTRAMO, Gerardo BALTI, Segundo C. BENITEZ, Maritza BONINO, Noel BOIVINIK, Jaime BRESTAVITZKY,
- Eloy P. CAMILLI, Ricardo CARITANDIO, Aquilino CUZZANI, Oscar Raúl CARDOZO, Enrique CABALLAS MARTINEZ, Abelardo CASTILLO, Carlos CUSTER, José A. CONTE GRAND, Aldo Hernán CANTONI, Luis María CABRAL, Florencia CARRANZA, María Inés CARRERAS de MONNER SANZ, Ramo COSTANZO, Rubén A. CASTRO, Jorge CORTE, Julio CORDOBA, Juan Manuel CASTRO, Horacio CAMP, Aníbal COLOMBO, Alicia CORREA, Maritza CURCHE, Jorge CASTRO, Rolando COLINA,
- Fernán CHIAVEZ, Fernando CHIBONI, Gabriel CHARRI, Carlos D'AGOSTINO, Pbro. Martín DUBRAUP, Elio DEL CAMPILLO, Jorge E. DEFERRARI, Rubén DUNDA, Luis DI FILO, Roberto DEL GIUDICE, Raquel DABAT, Mauro DISANDRO, Santiago DORIA, Alfonso G. DEL GIUDICE, Roberto DIAZ,
- Florencia ESCARDO, Luis ETCHEZAR, Guillermo ESTEVEZ BOERO, René A. EIBERS, Eugenio A. ESCOBAR, Juan Bautista ESPECHE, Hugo del Valle ESPECHE, Elio Ana ESPECHE, Alejandro H. ETCHENIQUE,
- A. Günther FROMM, Naomi FORIOT, Julio A. FERRACOTTI, Rufi FERNANDEZ, A. FERNANDEZ de ROSA, Nonano FRIAS, Jorge F. FELDMAN, RE. FINKELE, Héctor O. FRANCIHINI, Vladimir FRIGONANI, Francisco FERNANDEZ, Luciano FERNANDEZ, María D. O. de FAGES, Rosario FERNANDEZ, Elio C. de FERRI, Rodolfo GHIOLDI, José JOSÉ ORIGNI, Américo GARCIA, José María GUTIERREZ, Pbro. Jorge GALLI, Pastor Carlos GARCIA,
- Ruperto H. GODOY, Alberto GUERBEROF, Carlos GIAMPO, Carlos GATTO, Zalmir GUERFOLI, Juan ORITANI, José GIANINI, Claudia GASTRON, Jaime GLUZMANN, Néstor Enrique GORDILLO, Carlos GIMÉNEZ, M. GÓMEZ, Miguel Angel GRANADA, Dulce GARCÍA MOLINA, Sergio GLUZMANN, Antonio GUERBERO, Eduardo E. GRIMOLDI, Ricardo Alberto GAUNA,
- Roberto HUERTA, Liliana HEKER, Ignacia HAER, Silvia IPARRAGUIRRE, Liliana ICHASO,
- Francisco JAVIER, Jorge JAROSLAVSKY, Domingo JIARREZ, Jorge JOZANI, Francisco J. JIMÉNEZ,
- Indo LEDESMA, Simón Alberto LAZARA, Pbro. Pedro LARCHEI, Héctor LIMA QUINTANA, Pbro. Juan Pablo LUNA, Héctor LOPEZ, Sofía LASKI, Héctor LASTRA, Walter L. LEVA, Raúl LOZZA, Suso LUDWIG, Amanda J. LEDESMA, César E. LEINER, B. LOPEZ SECO, Doris LORIA, María Lorez ALANIS, Héctor LLORENTE,
- Enrique MOLINAS, Juan C. MANES, Martha MERCADER, Marcos MERCHENSKY, Rdo. MAJIN PAEZ, Héctor de MIGUEL, Rdo. Ronald MAITLAND, Hugo MAINTARAS, Gabriel MARTINEZ, Elio de MARECHAL, Rafael MENCH, Juan Carlos MARC, Juan C. MARCA, Enrique MEDINA, Alberto MULLER, Laura MUGLIERI, B. A. MORENO KIERNAN, Eduardo MUSCARA, Edgardo MACRENO LILLO, Luis Alberto MURRAY, Daniel MUCHNIK, Miguel Angel MARTINEZ, Pastor Néstor MIGUEZ, María Enrique MORANI, Pbro. Eduardo MONTALVA, Juan MALVAR, María Esther MARCOS, Alberto MASACHESCHI, Malena MATACHI, Orlando Zacarías MEDINA, Fernando MARTINEZ DEL PINO, Oscar MASSEI, Renato MALTASSI, Adolfo MAJLITARO, Félix MATHE, Carlos Felipe MACHADO, Jorge MAORINI, Miguel Amador MASCADER, Pbro. Jorge MASSER, Roberto NATALI, Padre NAGID, Antonio O. NAPOLI, René NOVILLO QUIROGA, Alicia NAVAS,
- Arturo ORATIVIA, Manuel OUBERINO, Rafael OCAMPO GIMÉNEZ, Francisco PEREZ, José María OLIVARES, Hugo OJEDA, Rafael OCAMPO CASCO, Roque Armando OVEJERO, Gaspar Baltazar ORIETA,
- Osvaldo PUGLIESE, Padre Antonio PUGLIANE, Francisco PEREZ, Pbro. Leopoldo POOLI, Liborio PUPILLO, Francisco J. PASINI, Federico PROLONGO, Pbro. Primo PEREZ, Esteban PELAY, Eduardo POLICHE, Hugo PRICILLI, Félix A. PACHANO (h), José Martín PAGOLLA, Raúl PREIS, Ernesto PONSATI, Virginia PEREIRA, Carlos PETROLI,
- Osvaldo PEREZ, Rita PUGLIESE, Naum POLJUTIK, Gerardo PISARELLO, Rodolfo PLAZA, Adelfo PETRONI, Parlo S. de PAVIA, José PICO, Pablo Juan PACHALLAN, Sigfredo PASTOR, Hugo PELLICCI, Susana POLICASTRO, Florencia Luis PLOI, Oscar PARRILLI, Carlos Antonio PACHANO, A.S. PELLIN, Leopoldo PORTINYO, Héctor S. QUAGLIARO,
- Susana RINALDI, Jorge Abelardo RAMOS, Eduardo Esteban RATTI, Raúl RABANAGUE CABALLERO, Luis REBORA,
- Miguel RIVERO, Clara RODRIGUEZ, Aníbal REINALDO, Adolfo RIVAS, Horacio ROSSETTI, Ricardo RIOS SALVATIERRA, Ciro Humberto ROJAS, Juan RODRIGO, Tomás A. REBORA, Isara ROCHA, Fernando ROCHA, José RODRIGUEZ, Emilio RODRIGUEZ ARAYA, Arnoldo ROSSI, Miguel ROJO, Hugo RAMASCO, Emilio ROBUFFETTI, Roberto RANA,
- Felipe SAPIG, Berio SHIGERMAN, Conrado Hugo STORANI, Nicolás SANCHEZ TORANZO, Juan SABATO, Alberto S. ESTECHO, Ramón I. SOBIA, Enrique SALVI, Eduardo A. SOLARI, Lilia SARALEGUI, Silvana SANTANDREA (h), Jorge SAN ESTEBAN, María SPERONI, Carlos G. SPINA, Abraham SALTZKY, Ciro M. SCHEINBERG, Rubén SACCO, Jorge H. SARRISIAN, Jaime SELSER, María Z. SARAVIA, Enrique S. SPANGENBERG, Adolfo SAN AGUSTIN, Víctor Hugo SAIZ, Angel STIVAL, Bernyilda SACCHONE, Hugo E. SPECH, Jorge SEVILLA, Ricardo E. SIBIARZ, Lionel SUAREZ, Angel SÁENZ, Carlos SEGOVIA,
- Aldo TESSIO, Fernando TOSCHI, Juan A. TARDOLI, Carlos TAGLE ACHAVAL, Esteban TOMBERO, Juan Carlos TASSARA, Alberto TULISSE, Carlos TAJI, Luis F. TUCHELO, A. TREVINO de CHOLAR,
- Victor Hugo URIARTE, Mariana Roque UTRERA, María Eugenia URSOZU,
- Luis VEIRI, Rubén VISCONTI, Alfredo YARELA, Diego VERGARA, Ernesto A. VALSICHI, Roberto VILLAMAYOR, José Luis VALLE, Félix VEGA, Ernesto VARELA, Carlos A. VIRGALA, Lisandra M. VIALE, José VASCONCELLOS, Andrés VAZQUEZ, Carlos VILCHES, Hipólito VIGLIANO, Enrique VIGLIANI, Carlos VIDA, Lidia VIGE JHI, Griselda V. VINOLO,
- María Elena WALSH, Pastor Wallace Parci WHEELER, Elizabeth WESTERKAMP, Cristina WARGON, José Federico ESTERKAMP, Samuel YASKI,
- Bernán ZAVALLA, Otelo ZAMPONI, Ofelia ZUCCOLI PIZANZA, Antonio Robín ZARUK, Benito ZANONI, Jorge ZUANI,



cuento

## dino buzzati



# están prohibidas las montañas

Una ley prohíbe formalmente todo trato con las montañas: ni subir a ellas, ni hablar, ni siquiera mirarlas a ser posible. "A ser posible", así lo expresa la palabra del legislador con un propósito que a él mismo le parecía evidentemente excesivo. Porque ellas están siempre encima de la ciudad, en su parte septentrional, día y noche, con su esplendor.

Llega un extranjero y nos pregunta: "Usted dispense, ¿es aquél el Monte Mesola? ¿Es aquella la cima de la Lorra?", y nosotros respondemos con una sonrisa cortés, mirando al suelo: "Usted nos dispensará, caballero, pero nosotros no entendemos de eso", y miramos en derredor sospechando que nos oye algún espía.

Ahora preferimos no mirarlas. Con un poquito de buena voluntad, puedo casi acostumbrarme a ello, para no desagradar a los que gobiernan. Es como si no existiesen ya; están excluidas de los cotidianos acontecimientos de la vida. Con todo, de cuando en cuando, involuntariamente las roza alguna mirada, pero, por prudencia, bajamos acto seguido los ojos y en seguida procuramos olvidar. ¿Se muestran limpiadas o envueltas en nubes, cargadas de nieve o abrazadas por la canícula? ¿Quién lo sabe? Ya ni siquiera intentamos saberlo, tan grande es nuestro respeto por las leyes (que probablemente no podemos comprender, pero que, ciertamente están hechas para nuestro bien y el de nuestros hijos).

Algunos, con hábiles pretextos que nada tienen que ver con la ley, han mandado ya tapiar las ventanas de sus casas, orientadas hacia el Norte, para no ser tentados. Y ahora viven más tranquilos, y se los menciona a modo de ejemplo. Una a una, las aberturas orientadas hacia el septentrión se van cerrando. En las habitaciones oscuras los niños juegan ahora topando con las esquinas de los armarios, y de cuando en cuando lloran por el daño que se causan.

Y hasta un ciudadano se ha mandado construir un lujoso coche que nunca podrá subir por nuestras escarpadas calles. Pero las montañas no existen ya, y esto es una

lisa llanura, al decir de la ley. De manera que un coche así es el más apto para la nueva situación, y nadie se atrevería a sostener lo contrario. ¿No es conmovedora tanta sujeción a la autoridad? De un lado a otro, por la plaza, va dando vueltas el maravilloso vehículo. Manejando las riendas, su propietario va recogiendo las muestras de asentimiento de los que mandan, asomados a las ventanas de la Alcaldía.

Son mal vistas las cabras, los zapatos herrados, los bastones con contera de hierro, los adornos con águilas de los edificios, cosas e imágenes que pueden de algún modo suscitar el recuerdo de las montañas. ¡Y pensar que nunca como este año han estado tan vivas y misteriosas! Dicen que ciertas noches, en los rincones tenebrosos de ciertos patios secretos —sus antiguas paredes se levantaban antiguamente con tétricos doseles de piedra— algún alma condenada va a susurrar noticias; y no se encienden los faroles por temor a ver su rostro. Dicen que viene a referir (nosotros no lo hemos encontrado nunca, ¡librenos de ello el cielo, por misericordia!) y a contar cosas prohibidas y habla de una hondonada en la Val Lombrazza, o de las emigraciones de las rupicapras, y de aquellos abandonados senderos, de aquellos silencios. Los demás escuchan, haciendo como que no se conocen unos a otros, sin hablar palabra, para no delatarse con el timbre de su voz.

Y algunas noches, en la casa cerrada herméticamente, cuando parece que estamos cansados de la jornada y que no se sostiene nada de lo que nos rodea, entonces también —lo confesamos— nos ocurre a nosotros decir cosas singulares.

—Hace cinco años, bien lo recuerdo —comienza a decir un amigo en una de las habitaciones más soñolientas; y luego se interrumpe como escuchando.

¡Pero su voz ha tenido un acento tan singular! Como si ya no estuviese habituada a aquellas palabras. Nosotros lo miramos, sorprendidos y al mismo tiempo con vagas esperanzas inconfesables. El se sonroja un poco.

—...Recuerdo que una vez —prosigue, vacilando un poco como si advirtiese algún peligro—, mientras iba solo, oí que me llamaban...

—¿Dónde sucedió eso? —pregunta Fausto con ligera ironía.

—Era una voz profunda —continúa Antonio, sin hacerle caso—, ¡Y decía "Onio, Onio" a dos metros de mí! Con una flemas espantosa parecían estar burlándose de mí...

—¿Pero dónde? —insiste Fausto.

—Yo me vuelvo de pronto; pero no había nadie. Pero de esto hace muchos años —añade como para ponerse en seguridad.

Lo escuchamos ávidamente. No ha dicho lo que se proponía decir, desde luego. Por un motivo harlo conocido, se ha callado lo más importante. Esa ha sido nuestra impresión. ¿A qué se proponía aludir precisamente? ¡Si a lo menos no estuviese allí Fausto! Buen muchacho, eso no se puede negar, amigo abnegado. Pero ¿quién puede afirmar que lo conoce a fondo? Siempre con aquella sonrisita irónica que uno no comprende lo que oculta. Y ahora, por malicia, vuelve a insistir.

—¿Y dónde te sucedió eso? ¿En tu casa?

—¿Qué quieres que sucediera en mi casa? Estas cosas no suceden nunca en casa.

—Entonces ¿por la calle?

—No; tampoco por la calle —dice Antonio secamente.

—¿En el campo, entonces? ¿En los prados? —pregunta Fausto, burlándose de nuestra prudencia (porque ni campo ni prados se extienden alrededor de la ciudad, y sólo hay extensos valles, bosques, precipicios, peñas de toda clase y algún reducido pantano).

—Sí, en el campo —responde Antonio, como ofendido—, eso es, en el campo.

¿Qué más podría decir? ¿Es que no lo habíamos comprendido ya perfectamente? Ahora nos miramos unos a otros, buscando mutua confirmación de ello.

Lo cierto es que hace algunos días me



parece, en efecto, que oí voces procedentes de las montañas. Para oírlas es necesario que sea muy de noche, que las calles se hallen desiertas, los perros de guardia adormilados con la garganta fatigada, y que el viento haya cesado de hacer rechinar, ahí en la esquina la muestra metálica Provini y López. Entonces, en medio del gran silencio, he oído varias veces que alguien o algo susurraba acerca de las montañas. El viento no era, porque también hubiera soplado aquí en la ciudad. Tampoco eran hombres, porque los guardias nocturnos vigilaban continuamente. Animales no, porque los animales no susurran. ¿Quién era, pues? Pudiera ser, en rigor, una sugestión. Por otra parte, el hecho no es inverosímil. Las montañas no están tan lejanas como parece; comienzan detrás del ábside de San Silvestre; por ejemplo: encima mismo se alzan las primeras peñas de la Rocca Priora.

De la misma manera no me atrevo a hablar de las montañas, había acabado por deducir que aquello era un juego de la fantasía (y ello con el único fin de tranquilizarme). Desde que las montañas están prohibidas, la imaginación trabaja secretamente, a más no poder, sobre el tema. Nada más fácil que aquellos sonos fuesen fenómenos naturales que se habían producido también anteriormente, sino que entonces no había por la noche quien se estuviese escuchando con oído atento. Tampoco se abrían con circunspección los balcones, a la una, a las dos dadas (después de apagar la luz de la habitación), para volver a ver aquel reino prohibido. Yo mismo he podido sorprender a varias personas — algunas de ellas ya entradas en años y

ciudadanos excelentes— que se dedicaban a este ilícito ejercicio.

Pero esta noche, Antonio, aunque con reticente alusión, ha tenido el valor, como se ha visto, de hablar de ellas.

Si verdaderamente el caso curioso que ha contado le hubiera sucedido hace años, es imposible que no lo hubiese contado acto seguido, y probablemente hasta el hecho que ha contado ha sido pura invención suya. Sólo una historia por el estilo puede tocar sin peligro el tema prohibido.

—¿Avergonzarse de qué? — dice Fausto por fin, rompiendo el silencio, sin bromear ya—. A fin de cuentas, ¿no estamos entre amigos? ¿O desconfiáis de mí?

—¿Avergonzarse de qué? — contestamos simulando extrañeza—. ¿Qué te has metido en la cabeza? Palabra que eres curioso. ¿Se puede saber con quién te las tienes?

—Bueno, dejémoslo — dice Fausto, mirándonos con desprecio—. Buenas noches. Me voy.

—Buenas noches, buenas noches — y nadie se atreve a insistir para retenerlo. Oímos sus pasos al bajar por la escalera de madera.

Nos quedamos en silencio, mortificados. A fin de cuentas, tiene razón Fausto. Pero el miedo es todavía mayor. ¡Qué alegría poder ser sinceros! ¡Qué fuerza maravillosa sería! En cambio, nada de eso. Una abyecta sujeción nos retiene incluso dentro de esta habitación segura, entre amigos fieles que nos conocemos desde niños. También Antonio, atemorizado por el accidente, se entrega a la acostumbrada mentira.

—¿Quién sabe lo que le habrá pasado por la cabeza esta noche! — murmura para liberarse de su excesivo embarazo—. ¿He dicho yo, tal vez sin darme cuenta, algo que le pudiese disgustar?

—Al contrario, quizá no le habrás dicho algo que pudiera desagradarle — insinúa Pedro con insólita perfidia, tal vez para vengarse.

—¿Por qué? — dice Antonio, ya obstinado en no querer comprender—. ¿Qué hubiera debido decirle?

—Nada, nada — responde Pedro, y nosotros, instintivamente, lo miramos. ¿De manera que él también se propone tentarnos? ¿Acabaremos por no fiarnos ni de Pietruccio?

—¿Qué humo hay aquí; qué aire viciado! — dice Alejandro para desviar la conversación—. ¿Abro un poco la ventana?

—¡No, no, eso no! — exclama Antonio, con una especie de ansiedad—. Está rota la cerradura — añade, dominándose para justificar su salida—, y después no hay manera de cerrar con llave. Es mejor que abras esa... ¡Dios mío, perdonadme! — concluye, no resistiendo ya la ficción, y nos sonríe con amargura.

Alejandro ha vuelto a sentarse sin abrir. En realidad no hay humo, ni aire viciado; también esto ha sido un pretexto lastimoso. Es también mentira que la ventana no funcione. Frente a ella no hay más que montañas, cargadas de noche, con sus largas caras negras y poderosas, sombríamente suspendidas sobre la ciudad; y nosotros somos indignos de ellas.



## juano villafañe

### poema

No vine a vuelo de pájaro y he aprendido otras miserias, regresé sobre mi pensamiento incauto a la piedra, para pedirme estilos en la fuerza de los golpes. Era dolido por algunas tragedias, pero no vine a vuelo de pájaro, ni saldrán de mi miserias palabras o sombras de la boca.

En dolores de la carne se aprende a levantar las rosas y grandes columnas para que vivan. La alegría de los huesos son danzas posibles a donde he llegado para asaltar el mundo. Los párpados del vino o raza de hombres parecida se atiborran por las calles del cansancio, sombras del acohol por donde he bebido para lastimar aún más a la mujer herida o el duelo pródigo de los que compiten. Levantaba muertos de mañana como a doce mil kilómetros del mundo, a la tarde buscar a las que me acompañan a los puertos, lejos del hambre y no será jamás la retórica del cansancio, los puertos rostros náufragos o la muerte.

Nació en 1952. Integró el Taller Literario Mario de Lellis y diversos grupos literarios. Fue redactor de la revista **Taller** y colaborador de **Oeste**. Publicó poemas en numerosas revistas de Argentina, Colombia y Venezuela. Es autor de una antología de la nueva poesía argentina, próxima a editarse en Ecuador.



## el nacimiento de la inteligencia



### entrevista a JEAN PIAGET (conclusión)

*En este número concluye el extenso reportaje concedido a Jean Louis Ferrier y Christiane Collange. Encuesta esclarecedora no sólo por la multitud de temas que abarca sino fundamentalmente por la claridad con que están expuestas las ideas básicas del investigador suizo. Hoy Piaget ha muerto. Su desaparición del mundo de la ciencia crea un vacío de originalidad de pensamiento y de rigor metodológico que difícilmente pueda volver a colmarse en su campo. Este hecho nos hace volver sobre la totalidad de su obra y valorar el aporte fundamental de su pensamiento y de su ciencia al conocimiento del hombre. Sus investigaciones desbordan así su área específica (psicología, pedagogía, epistemología genética) para inscribirse dentro de esa gran antropología en la que van a confluir psicología, lingüística, filosofía y arte.*

*Cuando muere un hombre de la dimensión de Piaget, lo más fácil es reducirlo a una hiperbole lapidaria. ¿Qué otra cosa sin embargo, se puede hacer en este caso? Fue el mas grande psicólogo contemporáneo*

Usted consagró una de sus obras al nacimiento del juicio moral en el niño. ¿Quiere hablarnos sobre ello, cómo se desarrolla el sentimiento moral en el niño, y cuáles son las fases de ese desarrollo?

La moral de los pequeños, es antes que nada una moral de sumisión. El bien es aquello que está conforme a las reglas impuestas por el adulto, el mal es lo que rompe esa regla, y muy a menudo una mentira es considerada proporcionalmente más fea, cuanto más se aleje de la realidad y más increíble sea.

Mientras que a partir de los 7 años más o menos, aparece una moralidad de reciprocidad entre los mismos niños, lo que produce la idea de justicia, en relación a las injusticias experimentadas anteriormente. Se trata pues de una moral autónoma que se desarrolla íntimamente con el desarrollo intelectual del niño.

A propósito de ello, en uno de sus libros usted nos habla del juego de canicas. ¿Díganos qué fue lo que le interesó en ese juego?

Lo que me llamó la atención fue que en ese juego, de hecho como en otros tantos, a los niños les importa un soberano pepino las reglas, sin embargo se guarda un gran respeto por ellas sin admitirse el derecho a cambiarlas defendiendo el hecho de que las reglas en ese juego siempre han existido.

Cuando un chico mayor quiere cambiar las reglas, los niños argumentan que los únicos que pueden cambiarlas son los padres o "los señores del gobierno", es decir la cúspide de la pirámide. Sin embargo hacia los 7 años el niño empieza a entender que las reglas son un asunto de necesidad interindividual, de obligación moral, y que no tienen origen divino y de hecho comienza a aplicar las reglas de una manera más productiva porque participa en su elaboración. Se toma pues el derecho a modificarlas.

¿Sin embargo por qué fue el juego de canicas el que le llamó la atención y no otra clase de juego?

Porque es un juego específicamente infantil, en el que el adulto no juega ningún papel. Al mismo tiempo es un juego con reglas muy complejas, y que se transmite con una inalterabilidad sorprendente de generación en generación.

¿Estudió usted el juego de canicas sobre varios casos entonces?

Sí, en forma sistemática.

¿Cómo estaba usted seguro que el niño respondía honestamente a un adulto, en un universo típicamente infantil?

Yo tenía dos métodos, el uno consistía en decirle, al niño. "A mí me gustaba mucho el juego de niños cuando yo era pequeño, pero con los años se me ha ido olvidando, ¿quieres recordarme cómo es que se juega?". Y efectivamente los niños me enseñaban las reglas, entonces yo cometía toda clase de equivocaciones y tonterías, y al verles sus reacciones, tenía un buen panorama de lo que se podría llamar la conciencia de la regla. El segundo método consistía en ir a verlos jugar. La observación por muy simple que sea como método, me permitía comparar sus comportamientos.

¿Y había correlación entre lo que veía y lo que ellos le decían?

A partir de una cierta edad había una completa correlación.

Usted dice entonces que los pequeños hacían trampas. ¿Desde el punto de vista educativo, sin conocer bien la mentalidad infantil, no debemos inquietarnos por las pequeñas trampas de los niños?

Sí, porque para mí las trampas son el resultado de la autoridad, o de la mala comprensión de una regla.

¿Usted cree que el objetivo más importante de la psicología es convertir a los hombres en algo mejor?

Si se quiere entender así, pero usted me inquieta porque yo nunca me he propuesto ese objetivo. Yo considero la primacía de la investigación pura, sobre toda clase de aplicaciones.

Sí, pero justamente cuando usted dice que no hay aplicación sería que sea posible, si no está fundamentada en una investigación seria, ¿entonces es su caso?

Cierto, sin embargo yo creo que los investigadores, y yo me considero como tal, yo no me considero un educador, no pueden trabajar pensando en la aplicación. Si se está siempre pensando en la aplicación, los límites que se imponen al campo de trabajo son enormes. En la física por ejemplo, las investigaciones importantes no son aquellas que están buscando la aplicación inmediata, sino precisamente las más alejadas y las más clásicas.

Las ecuaciones de Maxwell, por ejemplo, que reposan sobre problemas de simetría matemática, son el punto de partida, de todo cuanto se ha hecho sobre electricidad. En psicología ocurre lo mismo, si nos ocupamos de los problemas que parecen ser los más urgentes en el estado actual de cosas, el campo de investigaciones del futuro se limita considerablemente. Paradójicamente, no es pensando en las aplicaciones prácticas, como vamos a encontrar los instrumentos útiles para los técnicos, por consiguiente será la investigación pura la que pueda ser más benéfica y productiva.

Aquí volvemos a su trabajo de científico. ¿Quiere usted aclararnos en qué, esos 40 años de psicología infantil, le han permitido entender mejor los problemas epistemológicos que constituyen la base de la teoría del conocimiento?

El problema de base de la epistemología es, esencialmente el de las relaciones del sujeto cognoscente y del objeto por conocer. El empirismo por ejemplo, pone el acento en el objeto, y llega a conclusiones en las que el conocimiento aparece como una copia del objeto. Yo quise verificar experimentalmente, si era cierto que todo conocimiento derivaba de la experiencia. Y llegué a la conclusión que un conocimiento no es simplemente un registro, y una huella que el objeto hace en el sujeto.

Siempre que estudiamos la formación de un conocimiento, confirmamos la presencia de una actividad en el sujeto que añadía algo al objeto. El estudio empírico del conocimiento contradice al empirismo. Y la experiencia presupone un cuadro lógico-matemático que no está dado por la experiencia.

¿Qué es lo que el sujeto añade?

El sujeto añade coordinaciones y establece relaciones.

¿En otras palabras?

Tomemos un ejemplo. Un niño coloca en forma de línea a diez botones y los cuenta



de derecha a izquierda, cuando los cuenta de izquierda a derecha descubre sorprendido que siguen siendo 10 botones. Entonces hace un círculo de los botones y al volverlos a contar descubre nuevamente 10 botones, y al contarlos al revés siguen siendo 10.

La experiencia acaba de mostrarle que la suma es independiente del orden. Pero ni la suma, ni el orden están contenidos en los botones. Fue el niño quien los ordenó en una línea y en un círculo, y fue el propio niño quien los contó. El orden es una operación que el sujeto añade al objeto, y este objeto se enriquece con una estructura que ha permitido comprenderlo mejor.

Lo mismo ocurre con la adición. Los botones estaban allí, pero el número 10 no es una propiedad de los botones, sino una relación de correspondencia con el nombre de los números. Todo esto implica la actividad del sujeto, y no es la fotografía de los botones la que hubiera podido lograr esto.

**¿Y un solo botón, también nos hubiera podido dar esto?**

Seguramente, un solo botón es la idea de unidad. La unidad puede tener dos sentidos, la unidad lógica que es la identidad, y la unidad aritmética que es la equivalente a otra clase de unidades. Yo lo reto a encontrar algún tipo de conocimiento que venga dado solamente en el objeto.

Este ejemplo de los botones es justamente de matemática moderna. Los niños descubren por sí mismo las correspondencias, y descubren por sí mismos la teoría de los conjuntos sin que se les haya impuesto nada.

Exactamente, y todo eso resulta mucho más próximo para el niño que las matemáticas tradicionales.

**En esta vía nos acercamos también a la topología.**

Sí, es cierto.

**¿Cómo define usted la topología? Esa misma escena había sido vista por miles de personas, sin embargo usted fue el único en darle importancia y extraerle conclusiones, ¿por qué?**

No se le había dado importancia, porque uno no se plantea suficientes problemas epistemológicos. La epistemología del sen-

tido común, es de tipo empirista. Siempre se admitió como una evidencia el hecho que el niño desde su nacimiento tuviera un conocimiento permanente de los objetos que le rodean y del mundo exterior. El hecho de ver al niño volver a buscar la pelota debajo del primer sitio donde la había encontrado, me llamó la atención en mi calidad de epistemólogo. Como epistemólogo yo había desarrollado una cierta sensibilidad, por decirlo así, a problemas que los psicólogos nunca se habían planteado antes.

**En un párrafo de su obra "Epistemología Genética", usted parece decir que hay algo fundamental en la topología infantil, que también se encuentra cuando las ciencias modernas sobrepasan el umbral euclidiano. Eso me parece sorprendente. ¿Quiere usted explicarnos algo más al respecto?**

hay que aclarar dos cosas: primero la profundidad de Aristóteles cuando dice que el orden del análisis es inverso al orden de la génesis, es decir que se toma conciencia de los resultados de un proceso, antes de conocer sus puntos de partida. En este sentido es completamente normal que los primeros geómetras griegos hayan partido del punto más alto que alcanzara el desarrollo mental de su civilización: es decir de la abstracción y de la medida.

**¿No hay algo misterioso en ello?**

No, de ninguna manera, porque las relaciones imponen al espíritu humano, y es por eso que necesariamente deben encontrarse los delineamientos del desarrollo intelectual, a todo nivel. Tal vez mi segunda aclaración pueda ayudarnos.

En la evolución de una ciencia, pueden existir nociones que una revolución científica puede convulsionar completamente. Al mismo tiempo existen también otras nociones que son lo contrario, es decir: resistentes. Este último es el caso de la noción de velocidad en relación al tiempo y que se volvió tan importante para la teoría de la relatividad. La resistencia de estas nociones se debe al hecho de que ellas son fundamentales y por consiguiente, es muy seguro que uno pueda encontrarlas desde los más elementales estadios. Y ellas son tan resistentes como enraizadas están en nuestro psiquismo.

**¿Y la noción de velocidad sería entonces una de esas nociones?**

Sí, la velocidad, en la mecánica clásica, es la relación entre un espacio recorrido y el tiempo, es una relación en la que el espacio y el tiempo son considerados como intuiciones elementales. Entonces, una vez, y por consejo de Einstein a quien yo había tenido la suerte de conocer en 1928 y quien me había llamado la atención sobre este problema, me puse a buscar si existiría una noción de velocidad independiente de la noción de duración, y resulta que encontré que sí, que sí hay una y que es la muy precoz intuición de adelantarse (en el sentido de tomar ventaja).

**¿Cómo descubrió usted esto?**

Un niño, cualquiera sea su edad, que ve a un móvil adelantarse a otro, dice que éste va más rápido. Adelantarse a otro móvil supone un orden espacial y un orden temporal "antes estaba atrás", "luego se adelantó y está delante", cuando dice esto, el niño no considera ni la medida del espacio, ni la evaluación de la duración. Se trata de algo puramente ordinal. Y decimos que es una noción elemental porque es anterior a toda medida y a toda relación de espacio y de tiempo. Recíprocamente, si estudiamos el nacimiento de la noción de tiempo en el niño, por ejemplo la simultaneidad, nos encontramos con que ella depende en parte de la velocidad, y en este campo quedan aún por hacer, muchas experiencias bellísimas. Si tomamos dos móviles que el niño controla en la partida y para las paradas. Si los móviles van a la misma velocidad, los niños admiten que partieron al mismo tiempo y que se detuvieron al mismo tiempo. Pero si uno de los móviles va más rápido que el otro, y cuando el niño dice "alto", este móvil está delante del otro, entonces el niño dirá que partieron al mismo tiempo pero que no se detuvieron al mismo tiempo, que el que quedó atrás se detuvo primero. Le podemos preguntar:

P. ¿Cuando el primero se detuvo, el otro todavía avanzaba? R. No.

P. ¿Cuando el segundo se detuvo, el primero avanzaba aún? R. No.

P. ¿Entonces los dos se detuvieron al mismo tiempo? R. No, no al mismo tiempo porque fíjese que no está más adelantado que el otro.

La simultaneidad en sí misma depende en

**INGLES**

**WELL & FAST**

Cursos intensivos de conversación  
Refuerzos para estudiantes  
Cursos rápidos para viajeros  
French 3694 - 5º "J" - Capital  
T.E.: 72-5426



**ALEMAN**

Conversación y cursos acelerados para viajeros.  
Nivel técnico para traducciones  
French 3694 - 5º "J" - Capital  
T.E.: 72-5426

**El Monje**

**LIBROS**

**Alsina 285**

**Quilmes**

**NOVELAS — POESIA**

**ENSAYOS — HISTORIA**

**REVISTAS LITERARIAS**

**PSICOLOGIA**

**ARTE**

**El Ornitorrinco**

**en venta exclusiva en Quilmes**

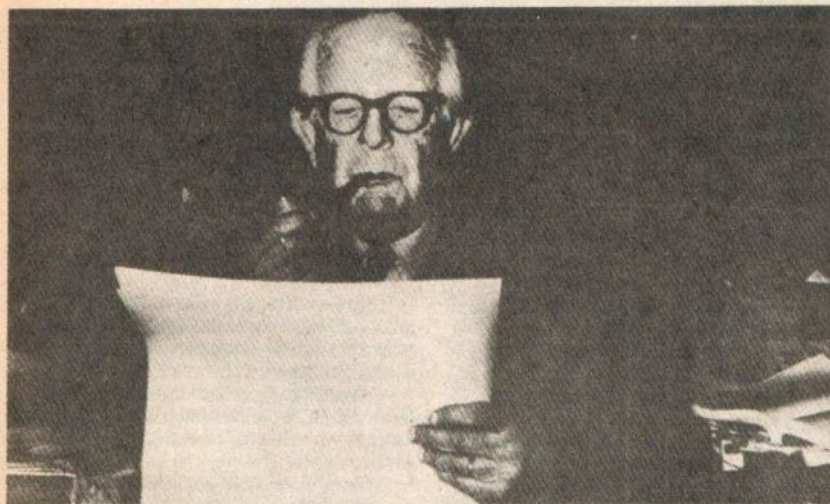




este caso de la velocidad, y la noción "al mismo tiempo" no tiene aún ningún sentido.

**¿Cómo fue que Einstein le sugirió esto, y cómo se interesó usted en ello?**

Se trataba de un pequeño congreso de fi-



lososofía de la ciencia, que él presidía, era un congreso franco-alemán después de la Gran Guerra, y que tenía como objetivo buscar un cierto acercamiento. Se habían invitado dos suizos y yo era uno de ellos. Mi ponencia era una conferencia sobre la causalidad en el niño, y Einstein se había divertido mucho escuchándome, y luego me preguntó si existía en el niño una intuición primitiva de la velocidad.

**¿Le interesaba a él eso, en relación a la teoría de la relatividad?**

Sí.

**¿Y usted le comunicó alguna vez su resultados, y tuvieron ocasión de volver a hablar de ello?**

Sí, luego lo volví a encontrar en Princeton, donde yo estuve durante tres meses, y allí hablamos sobre ello.

**¿Lo entusiasmaba eso?**

Ah sí, era alguien sorprendente, se interesaba por todo. Y los problemas de no-conservación y de conservación le interesaban también. El estaba maravillado de ver el recorrido que el hombre tenía que hacer para llegar a cualquier tipo de conocimiento.

**¿Se interesó usted alguna vez en el Psicoanálisis?**

Sí, pero aún le falta la posibilidad de un control. No creo que por eso pueda considerarse completamente como una ciencia. Los psicoanalistas se agrupan por capillas, y es muy complicado porque dentro de cada capilla los investigadores se creen los unos a los otros, para tener entonces una verdad en común. Mientras que en los psicólogos la primera reacción es la de contradecir. Los psicoanalistas se refieren siempre a una verdad que debe siempre, un poco más o un poco menos, ser conforme a lo que Freud escribió, y para mí eso es algo muy molesto.

**¿Cree usted que el psicoanálisis pueda llegar a convertirse en una ciencia?**

Sí, en la medida en que haya más heréticos.

**¿En sus experiencias con los niños vió alguna vez al inconsciente?**

Esa es una de las preguntas que realmente me hace sobresaltar, porque la idea de que el inconsciente por esencia fuese algo específicamente afectivo, mientras que en el terreno de la inteligencia, que es mi campo,

los tres cuartos de lo que yo estudio es inconsciente desde el punto de vista del sujeto. La conciencia en el plano de la inteligencia, es el resultado de una toma de conciencia muy parcial y a menudo deformadora en relación con las estructuras subyacentes, que pueden darse a conocer por una serie de recortes. Usted me preguntó si había encontrado al subconsciente. Por supuesto que sí, en lo que concierne al terreno afectivo, lo encontré en el juego simbólico, donde aparece incluso bajo una forma muy freudiana. Me acuerdo de los juegos de mis hijos que decían que su papá había muerto, o que lo habían mandado muy lejos o cosas por el estilo.

**¿Un juego simbólico es por ejemplo jugar al papá y a la mamá?**

Jugar a cualquier cosa que represente algo a través de otros objetos o de gestos diferentes. Los complejos afectivos se manifiestan a cada momento en los juegos simbóli-



cos. El juego simbólico sirve para eso para liquidar conflictos. Si surge un conflicto entre los padres y la niña durante la comida, ya sea porque la pequeña no quiso comerse su sopa, o cualquier otra cosa, más tarde en los juegos con las muñecas, podemos estar seguros de encontrarnos nuevamente con esa situación. Y lo que es sorprendente es que casi siempre la pe-

queña tiene una pedagogía mucho mejor que la de sus padres. Ella le explica a la muñeca lo que hay que hacer, o porque no se trata de un asunto de dignidad. El niño parece darle la razón a sus padres a través del intérprete que es el simbolismo. Mientras que durante la comida, ella no podía "quedar tan mal".

**¿La estructura del juego simbólico es entonces una estructura tan importante en el psiquismo humano?**

Claro que sí, si fuera psicólogo yo lo hubiera estudiado de una manera más continua.

**¿Si yo fuera psicólogo? ¿Cómo así?**

Sí, yo soy epistemólogo, y mi campo es el del conocimiento.

**¿Cree usted que sus trabajos son conciliables con el psicoanálisis freudiano?**

Muchos freudianos intentan demostrarlo, y por supuesto que es posible. Sin embargo eso depende hasta qué punto uno está comprometido con el psicoanálisis. Cuando murió David Rapaport, los psicoanalistas perdieron al que en mi concepto era su mejor teórico, él ya murió hace algunos años, cuando tenía alrededor de cuarenta años. Rapaport hizo un excelente trabajo sobre la noción freudiana de carga efectiva, antes de convertirse en un médico-psicoanalista, él era un físico, esa era su formación original. Por otra parte él veía una analogía entre la catarsis freudiana y mis ideas sobre la asimilación.

Para volver sobre su pregunta, debo decir que a grandes rasgos, evidentemente hay una cierta relación, pero siempre llega el momento en el que el psicoanalista sigue contándonos cosas en forma muy segura, mientras que uno se pregunta cuáles son las pruebas de ello.

**Dicho de otra manera, ¿para usted el psicoanálisis debe aún constituirse como ciencia?**

En gran parte sí, ese es mi concepto. Pero sus dificultades son más grandes que las nuestras. Y fijese que yo le hablo, habiendo hecho un psicoanálisis didáctico, para ver de cerca de que se trataba. Y estuve supremamente interesado.

**¿Salió usted distinto a como entró en ese psicoanálisis?**

Yo creo que es muy útil para la gente normal, pero puede ser peligroso en casos patológicos.

**Una última pregunta: ¿Le gustan los niños?**

Por supuesto, incluso he permanecido muy infantil.



## cuentistas inéditos

ELENA MARENGO: Nació en Buenos Aires, en 1943. Estudió Matemática y Computación Científica en la Facultad de Ciencias Exactas de la U.B.A. Escribe cuentos desde 1975.

## elena marengo

### el hombre de los fascículos



El viejo se paró frente al quiosco de Castro Barros y Rivadavia pero después siguió caminando hasta Lezica: era martes. No sabía si comprar el fascículo en ese momento o dejarlo para la tarde. Con los que venían junto con un libro no se le presentaba el eterno dilema: ¿era mejor comprarlos por la mañana y leerlos tranquilo en el café antes de retirar al nene (corriendo el riesgo de terminar enseguida), o tal vez comprarlos a la nochecita aguantándose la ansiedad? Los que traían un libro duraban varios días por suerte.

Se decidió por fin en la esquina de Lezica pero no se atrevió a comentar nada con el diariero porque era la primera vez que le compraba.

"Todas las semanas en su quiosco a sólo 4000 pesos. Con el primer fascículo se entrega sin cargo el N° 2." Qué bien, pensó. Más de cinco mil ilustraciones a todo color; dentro de unos años el nene le sacará jugo. "Historia completa de los siete mares de la tierra a través de las fabulosas investigaciones del más grande de los científicos oceanográficos." Sin duda una obra útil, estaba muy contento. Miró el cielo limpio de la mañana y se imaginó el fondo del océano, unas aguas muy azules llenas de ojos y seres siluosos y varios hombres rana también.

Siempre compraba enciclopedias y cosas por el estilo, de las que se publicaban en fascículos o en varios tomos. Pongamos que salieran los martes; entonces los martes se llenaban con eso de salir a buscar por los quioscos (a propósito no los encargaba al diariero), encontrarlos, echarles la primer ojeada. También podía ocurrir que no los consiguiera el mismo martes y la compra se trasladaba a otro día y eso creaba suspenso. Normalmente el miércoles y jueves andaba con el fascículo encima, trataba de comentarlo, también leía. A veces duraba hasta el viernes. El sábado era un día angustioso y el domingo, cuando ya no tenía qué hacer, buscaba en la contratapa el anuncio del número siguiente y empezaba a imaginarse cómo sería. El lunes era simplemente el día anterior a la salida del fascículo. Por supuesto todo esto ocurría en las raras épocas en que salía uno solo por semana. Era realmente una suerte que la competencia obligara a las editoriales a publicar varias colecciones simultáneamente. La semana se hacía mucho más interesante."

Sería temprano, porque no había nadie todavía en la puerta del jardín de infantes. Tocó el timbre.

—Su nieto no vino hoy, don Santiago —dijo la portera.

Cómo había podido olvidarse. Ese día no tenía que ir al jardín. Se quedó en la puerta sin hablar. ¿Y ahora? Volverse a casa. Ni soñar con

ir a mediodía a casa de su hija. Menos todavía después de la charla de la mañana.

—Ya sé que no vino —dijo molesto—. Es que tengo que hablar con la señorita Irene.

—Si es así —dijo la portera dejándolo pasar.

El viejo cruzó el patio y entró a la secretaría. Le gustaba mucho ese ambiente de muebles "amontonados" como decía su hija. Le gustaba la biblioteca con puertas de vidrio tapadas por cortinas verdes; le gustaba el escritorio oscuro, los sillones con fundas de flores que escondían las roturas; le gustaban las sillas Thonet con madera terciada en el asiento en lugar de la esterilla inicial. Hasta el archivo metálico le gustaba: le recordaba el viejo centro socialista.

Tenía un zaguán de baldosas blancas y negras colocadas en diagonal; después venía el patio donde se hacían los bailes y se arrollaban los carteles en épocas de campaña electoral y al fondo el salón de asambleas con los retratos de Pablo Iglesias y Julián Besteiro. También estaba el escritorio enorme donde se sentaba el Cacique. Pensar que hacía más de veinte años que había muerto, el Cacique. Y aunque Santiago tenía cuarenta largos entonces, se había sentido como un chico y nunca más volvió a estar acompañado como antes.

—¿Cómo le va don Santiago? —además de la voz de campanita esta chica se interesaba de veras por lo que uno le decía. Se acordaba de las cosas—. Su nieto está cada día más travieso.

—Mejor. Es un chico sano. Los varones tienen que ser así, no delicaditos como pretenden criarlos ahora. Mi padre decía...

—No se me enoje. No era una crítica, al contrario, me parece bárbaro su nieto.

Don Santiago se relajó. Ultimamente le venía pasando esto de confundirse y creer que todos decían las cosas con el mismo sentido que Adela. Y se ponía a discutir con cualquiera como con ella.

—¿En qué se quedó pensando?

—Cosas viejas —dijo él inclinándose sobre el escritorio porque acababa de ver el N° 17 de Capitulo—. ¿Ya lo compró?

—Sí. Mire qué linda la tapa. Son realmente ediciones muy ciudadanas.

Santiago la miró encantado: no era una tontita como tantas, tenía algo adentro.

—Sabe hija, usted —dijo y se calló asustado.

—¿Sí?

—Se me olvidó lo que iba a decir —el viejo la miró como pidiendo que adivinase la mentira: que no era un olvido sino timidez. Si se daba cuenta, volvería a preguntarle y él entonces se atrevería a hablar.

Pero ella dijo en cambio:

—No importa. Les pasa a todos. Mi abuelo también.

Todos los viejos, eso había querido decir. Pero un viejo esclerosado no puede conversar con coherencia sobre los temas más dispares y esa muchachita debería darse cuenta.

—Ya están saliendo los chicos don Santiago. Mejor espera donde siempre para no crear confusiones —la señorita Irene acercó el teléfono y empezó a discar.

—Los oigo. Pero mi nieto no vino hoy.

—¿Cómo?

—No vino. Pasabá y entré lo mismo. La costumbre.

La señorita Irene lo miró asombrada pero no mucho. Don Santiago se incorporó, ágil como un pibe. La hernia le pegó un tirón pero él no le hizo caso y no se notó. Ella lo saludó con la mano porque ya estaba hablando. En medio del ruido y los gritos de los chicos alcanzó a oír que decía: "esta noche a las diez". El contestó el saludo y salió a la calle.

Como a un chico lo trataban. A otro seguro que le habría preguntado por qué había ido lo mismo. A él no: casi no se había sorprendido de verlo ahí aunque el nieto no estuviera. Porque era un viejo para ella. Igual que Anita, su hija. Esa mañana había llamado para recordarle que el nene no iba al jardín, que no fuera a buscarlo a mediodía. Recordarle, como a un chico. Si se lo había dicho el día anterior. ¿Estás en casa hoy?, había preguntado él entonces y ella: no. Nunca estaba en casa. Pero estaban la chica y el nene. Qué le importaba a él. Mejor voy un día que estés, había dicho. Sí, claro que entendía que ella trabajaba todos los días aunque no fuera empleada. Seguro, pero prefería ir cuando había alguien. Alguien, sí, había dicho alguien. Tal vez tenía razón y un nieto era más que suficiente para un abuelo. Posible. Sí, iba a ir lo mismo. A la tardecita.

Hacia mucho calor. El viejo caminó las varias cuadras apurado porque quería llegar al supermercado antes de que cerrara. Bordoó la defensa metálica del estacionamiento, cruzó las puertas batientes, pasó las cajas y el primer cuerpo de estanterías, dobló por el pasillo transversal y se paró donde estaban los libros. Ubicó el nuevo tomo y se lo llevó. La cajera fichó 12500 \$ y él, como siempre, pensó: "una bicoca, como un crédito sin intereses". Siempre se repetía lo mismo para convencerse, porque 12500 \$ cada semana eran 50000 ó 62500 por mes; una exorbitancia para su jubilación. Al menos no había que discutir esto con Adela y explicarle que el sacrificio valía la pena porque se trataba de una obra excepcional que le sería muy útil al nene cuando creciera. Que era mejor familiarizarlo con los animales reales y no con las distorsiones de Walt Disney. Adela seguro habría dicho: desde cuándo Disney es malo para los chicos y él se habría callado porque era inútil discutir.

Enfiló para el boliche. Pidió un Campari, apo-



yó la Enciclopedia Cousteau y el Libro de la Fauna en una silla y sacó del bolsillo el librito Nº 2 de Capítulo. Todavía no lo había leído. Porque en realidad no leía todos los números; pensándolo bien sólo leía unos pocos, los otros los ojeaba y los guardaba en el estante. Miraba todas las ilustraciones, eso sí. Para ser sinceros casi no había leído ninguno: tenía razón Adela cuando se lo echaba en cara. "Gastando plata en porquerías que ni siquiera lees", decía. Y él contestaba que quería formar una biblioteca que quedara para los nietos. "¿O vos te creés que toda esa gente que tiene una biblioteca importante, con miles de libros, se los leyeron todos? No, los tienen para consultarlos cuando los necesitan." Ella se había echado a reír y había dicho: "Claro, vas a necesitar mucho El Origen de las Especies vos, no me había dado cuenta." Porque eso había sido en la época de las Obras Maestras Planeta en el Hogar Obrero. El viejo apartó molesto el recuerdo y trató de enfriarse en el librito.

Cada tanto agregaba soda al Campari para que durase. Pero algo andaba mal desde un tiempo atrás. Muy mal, porque él ya no conseguía olvidarse de todo cuando estaba leyendo. Sentía al mozo merodeando y también la mirada del gallego detrás de la caja y a veces la de la gente sentada en las otras mesas, aunque todos se hacían los sotas cuando él levantaba la cabeza y los encaraba. Todo cambiado y deshumanizado. Por ejemplo: ¿qué era eso de comprar libros en los supermercados y aguantarse que la cajera los fichase con la misma cara con que miraba la mayonesa? Sin lugar para el comentario, como cuando se va al quiosco. Aunque lo peor tal vez era que hasta los propios diarios estaban cambiados y se impacientaban y uno siempre tenía la sensación de estorbar.

El viejo levantó la cabeza poque el mozo jovencito que no saludaba pasaba y re- pasaba

como diciendo: poca consumición para tanto tiempo. Dejó el importe más una propina excesiva y salió.

Consideró seriamente la posibilidad de irse un rato hasta el Parque Rivadavia. Decidió que no: plaza de ricos era esa ahora, de chicos que van a los juegos con la sirvienta. Chicos con bicicletas, cascos, patinetas (que ellos llaman con el nombre inglés), todos aglomerados y atropellando como sus padres con los autos. Cuando la nena era chiquita en cambio, el tranvía pasaba por Rosario y el edificio más alto tenía cuatro pisos. Los domingos se iban caminando por Venezuela hasta la iglesia y él se quedaba afuera hasta que terminaba la misa. Entonces Adela se volvía a casa para preparar la comida y él se iba con Anita a la plaza. Hasta las familias eran distintas entonces. Uno se veía con los tíos y los primos y para los cumpleaños no faltaba ninguno. Los jóvenes sólo se ven en los velorios, pensó. Es que últimamente hay muchos más velorios.

No se dio cuenta de que era más de la una hasta que llegó a la esquina y vio la fiabbrería cerrada. Se había olvidado de comprar las salchichas. Pero estaba el pan y todavía quedaba algo de margarina. Un caldito y pan con mantequilla y ya está, pensó. Cuando uno es viejo se tiene menos apetito.

Caminó hasta el fondo del pasillo, abrió la puerta y entró. El sol daba de lleno sobre las persianas del dormitorio pero tuvo pereza de correr el toldo. Dejó el libro sobre la mesa del comedor y fue a la cocina. Puso el jarrito con agua al fuego, sacó la caja de cubitos de caldo y se sentó a esperar el hervor en el sillón del patio. Estaba lindo el patio. Aunque Adela no opinaría lo mismo si viera el hollín. Comió sobre la mesada, lavó el plato, la cuchara y el cuchillo y barrió las miguitas para que no vinieran cucarachas. Después se fue a sentar de nuevo al pa-

tio porque la siesta enseguida después de comer cae mal.

Cuando se despertó todo estaba muy blanco y los ruidos parecían llenos de algodón. Se lavó la cara en la pileta y entró al comedor. Estaba rompiendo el celofán del Libro de la Fauna cuando oyó a sus espaldas la voz de Adela.

—De nuevo gastando plata.

—Sí —dijo él sin moverse.

—¿Para qué los comprás si ni siquiera los lees?

Eso era una injusticia. Particularmente ahora que estaba leyendo un poco más de cada cosa que compraba. Claro que también compraba mucho más y en proporción venía a ser lo mismo. Santiago se calló.

—Así vivimos, comprando libritos y revistitas y comiendo salchichas. A ver: ¿cuánto llevás gastado en esos libros envueltos en celofán?

—Diez millones setecientos cincuenta mil —calculó él obediente.

Era una enfermedad y lo sabía. ¿Cuánto más podía tirar así? Miró el balde que había puesto debajo de la canilla rota del patio. Se quedó esperando el rezongo: mejor ponete a arreglar esa canilla. Pero no. Ya no había reproches, ni rezongos, ni nada.

El viejo entró al dormitorio arrastrando los pies. Se paró frente al espejo de la cómoda y se quedó mirando medio asombrado; después puso el dedo índice y el mayor de la mano izquierda debajo de los ojos, tirando para abajo; y el índice de la mano derecha en la nariz, empujando para arriba. De chico le divertía eso de hacer muecas delante del espejo, pero ahora no resultaba gracioso. Se dio vuelta y se tiró boca abajo sobre la cama.

—Cómo te extraño Adela —dijo en voz alta contra la almohada mojada.

Se oía el plic-plic de las gotas en el balde del patio.

## TIENDA DE LOS MILAGROS



basada en la  
famosa novela  
de Jorge Amado

4 meses en cartel

SALA UNO

Boulogne sur Mer 549 — Capital



# CLASICOS UNIVERSALES PLANETA



1-Una colección que ofrece las obras literarias más importantes de todos los países y épocas.

2- Caracterizada por la calidad de las traducciones y la solvencia de los textos.

3-Cada obra va precedida de una introducción, a cargo de catedráticos y escritores relevantes, compuesta por un prólogo, una cronología biográfica y una bibliografía esencial.

4-Una edición noble y cuidada a un precio de venta excepcional.





## cuatro cartas de chejov



A A.S. Suvorin

Moscú, (sin fecha), 1888

Dices que los escritores son los elegidos de Dios. No te contradeciré. Scheglov me llama el Potemkin de la literatura, así que no me corresponde hablar del camino espinoso, de desilusiones, o cosas por el estilo.

Desconozco si alguna vez he sufrido más que los zapateros, los matemáticos o los guardias de tren; no sé quien habla a través de mis labios: si Dios o alguien peor aún. Sólo me permitiré mencionar una pequeña desventaja que he experimentado y que probablemente también conozcas por experiencia. Se trata de esto. A ti y a mí nos gusta la gente común; pero a las demás personas les gustamos porque creen que no somos comunes. A mí, por ejemplo, me invitan a todas partes y me convidan con comida y bebida como a un general en una boda. A mi hermana la indigna el hecho de que la gente la invite a todas partes sencillamente porque es hermana de un escritor. De ello se deduce que si a los ojos de nuestros amigos apareciéramos mañana como simples mortales, dejarían de amarnos, y sólo nos compadecerían. Y eso es desagradable. Es desagradable, además, que les gusten en nosotros las mismas cosas que con frecuencia nos disgustan y despreciamos en nosotros mismos. Es poco agradable que yo tuviera razón cuando escribí el cuento "El pasajero de primera clase", donde un ingeniero y un profesor hablan sobre la fama.

A I.L. Scheglov

Moscú, 3 de mayo de 1888

Acabo de enviar un cuento al **Sievernny Vestnik**. Me siento un poco avergonzado de él. Es terriblemente aburrido, y contiene tanta discusión y prédica que resulta insípido. No me gustó enviarlo, pero tenía que hacerlo, porque necesito el dinero como necesito el aire.

Recibí una carta de Leñan. Me dice que "nosotros" (es decir: ustedes, la gente de Petersburgo) "hemos acordado imprimir avisos de la obra de cada uno de los demás en nuestros libros", me invita a sumarse a ello, y me advierte que "entre los elegidos sólo pueden incluirse las personas que tengan cierto grado de solidaridad con nosotros". Le escribí para decirle que estoy de acuerdo, y le pregunté cómo llegó a saber con quién siento solidaridad y con quién no. ¡Cuántos disparates pomposos dicen ustedes en Petersburgo! En serio, ¿no se sienten asfixiados de palabras como "solidaridad", "unidad de los jóvenes escritores", "comunidad de intereses" y cosas por el estilo? Comprendo la solidaridad y ese tipo de cosas en la bolsa, en política, en cuestiones religiosas (sectas), etc, pero la solidaridad de las jóvenes escritoras es imposible e innecesaria... No podemos pensar y sentir del mismo modo; nuestros objetivos son distintos, o no tenemos ningún objetivo, nos conocemos poco o nada, y en consecuencia no hay nada a lo que nuestra solidaridad pueda aferrarse con seguridad... ¿Y acaso es necesaria? No. Ayudar a tu colega, respetar su personalidad y su obra, no chismear sobre él, no tenerle envidia, no mentirle, y no actuar con él como un hipócrita: para hacer todo eso no se necesita ser tanto un joven escritor como simplemente un hombre... Seamos hombres comunes, tratemos a todos del mismo modo, y entonces no necesitaremos una solidaridad artificialmente fraguada. Peor la búsqueda insistente de una solidaridad privada, profesional, de camarilla, del tipo de la que ustedes desean, llevará, contra vuestra voluntad, al espionaje mutuo, a las sospechas, el control, y llegaremos a ser parecidos a los jesuitas en nuestras relaciones mutuas. Yo, querido Jean, no tengo solidaridad contigo, pero te prometo, por el resto de tu vida, plena libertad como artista: es decir que puedes escribir lo que se te ocurra, y como se te ocurra, puedes razonar, si quieres, a la Koreisha (1) puedes cambiar de convicciones mil veces etc., etc., y mis relaciones humanas contigo no cambiarán en lo más íntimo, y en las cubiertas de mis libros siempre publicaré avisos de tus obras.

Puedo prometer lo mismo a todos mis colegas, y no me gustaría que me trataran de otro modo. En mi opinión, estas son relaciones auténticamente normales. Sólo cuando existan, podrá el respeto, e incluso la amistad y la simpatía, ser posible en los momentos difíciles de nuestras vidas.

1: Un profeta demente de Moscú.

A su hermana María

Taganrog, 11 de mayo de 1887

Los monjes, gente muy agradable, me dieron un cuarto muy desagradable con un colchón que parecía un panqueque. Pasé dos noches en el monasterio y obtuve una infinidad de impresiones. Debido al día de San Nicolás, 15.000 peregrinos inundaron el lugar, nueve de cada diez mujeres ancianas. No sabía que había tantas ancianas en el mundo, de lo contrario me habría pegado un tiro hace tiempo... Los servicios son interminables: a media noche hacen repicar las campanas para maitines, a las 5 de la mañana para la primera misa, a las 9 para la última misa de la mañana, a las 3 para nonas, a las 5 para vísperas, a las 6 para completa. Antes de cada servicio oyes el sonido quejoso de una campana en los corredores y un monje los recorre corriendo y gritando con la voz de un acreedor que implora a su deudor que le pague al menos cinco kopecs de cada rublo: "¡Señor Jesucristo, ten piedad de nosotros! ¡Por favor ven a maitines!".

Quedarse en el cuarto es embarazoso, así que me levanté y salí... Encontré un lindo sitio para mí en la ribera del Donetz y me quedé allí todo el tiempo que duraron los servicios.

Compré un icono para la tía F. Y.

Los 15.000 peregrinos contaban con comida monástica gratuita: sopa de verduras con pescado seco y avenate. Ambas cosas son deliciosas, como así también el pan de arroz.

El sonar de las campanas es notable. Los cantores son pobres. Tomé parte en una procesión eclesiástica llevada en botes a remo.

A Olga Kniper

16 de marzo de 1901

¡Salud, querida mía! Es seguro que iré a Moscú, pero no sé si iré a Suecia este año. Estoy harto de vagabundear, y además parece que en lo que se refiere a la salud estoy como un anciano, así que te advierto de paso que en mi persona obtendrás no un esposo sino un abuelo. Ahora trabajo en el jardín durante días enteros, el tiempo es cálido, exquisito, todo está en flor, los pájaros cantan, no hay visitas, sencillamente no es la vida sino leche y miel. He abandonado la literatura por completo, y cuando me case contigo te ordenaré que abandones el escarpario y viviremos juntos como agricultores. ¿No quieres? Muy bien entonces, sigue actuando cinco años más y después veremos.

Hoy me cayó del cielo **El Veterano Ruso**, un periódico especial del ejército, y en él encontré una nota sobre **Tres hermanas**. Es el número 56, del 11 de marzo. Está muy bien, es laudatoria, y no encuentra defectos en el aspecto militar.

Escribeme, querida mía, tus cartas me alegran. Me eres infiel porque, cuando escribes, eres un ser humano y una mujer; oh, está bien, sé infiel, sólo tienes que ser la persona bondadosa y espléndida que eres. Yo soy un viejo excéntrico, es imposible no serme infiel, lo comprendo muy bien, y si ocurre que te soy infiel a ti, me disculparás, porque te das cuenta de que aunque la barba se ponga gris, el demonio sigue en juego. ¿Verdad?

¿Ves a Madam Avilova? ¿Se han hecho amigas con Madam Chiumina? Sospecho que han empezado a escribir cuentos y novelas en secreto. Si te sorprende, entonces adiós, me divorciaré de ti.

Leí sobre la citación a Chelnikov en los periódicos y me asombró, me asombró que Chelnikov no estuviese por encima de aceptar una posición tan curiosa. Pero es difícil que les hagan sacar **El Dr. Stockman** de vuestro repertorio, es una obra conservadora, sabes.

Aunque he abandonado la literatura, aún escribo algo de vez en cuando, por costumbre. En este preciso momento estoy escribiendo un cuento llamado "El Obispo" sobre un tema que tengo en la cabeza desde hace quince años.

Te abrazo cien veces, traidora, te beso fuerte. Escribe, escribe, alegría mía, o si no cuando estemos casados de golpearé.

Tu Hormiga Mayor

(traducción: Elvio El Gandolfo)





Un poema del General José María Paz, donde el lector advertirá algún verso digno del mejor Borges (por no decir el germen del Poema Conjetural), tres testimonios de Gorki sobre Tolstoy, y dos brevísimos textos en los que, por distintos motivos, lo más inquietante resulta la fecha de su redacción, acaso modifican por este número las características de Marginalia. Que, por otra parte, no tiene por qué ser necesariamente una sección en broma. Y que, por otra parte, nunca lo es.

TOSTOI VISTO POR GORKI

Ayer me dijo:  
 —Yo soy más campesino que ustedes y siento de una manera más primitiva —¡Oh, Dios mío! ¡No debería vanagloriarse de ello!  
 Después de leerle algunas escenas de mi pieza Los bajos fondos, me preguntó:  
 —¿Por qué escribe sobre eso?  
 Yo me justifiqué lo mejor posible.  
 —A usted siempre se le ve saltar como un gallo sobre todo lo que encuentra. Luego, trata de rellenar los huecos con materiales propios. Recuerde lo que dijo Andersen: "El dorado se gasta y quedará la piel de cerdo". O lo que dicen los campesinos: "Todo pasará, sólo la verdad quedará". Más valdría no embellecer la vida, pues más tarde le jugará una mala pasada. Debe escribir con sencillez, como habla el pueblo, sin ilación, pero de modo preciso. Un campesino no preguntará jamás, como lo hizo un día cierta señorita instruida: "¿Por qué un tercio es más que un cuarto, puesto que cuatro es siempre más que tres?". ¡Nada de artificios!  
 Hablaba con aire descontento. Lo que le acababa de leer, le disgustaba evidentemente. Después de un silencio me dijo:  
 —Su viejo no es simpático, no se cree en su

# MARGINALIA



EDIPO

Si el pequeño salvaje fuera dejado a sí mismo en toda su necedad, y libre de sumar a la pequeña sensación de chupar la violenta pasión de un hombre de treinta años, estrangularía a su padre y se acostaría con su madre.

Diderot  
 (1713-1784)

ARTICULO PRIMERO:

**"Todo hombre puede publicar sus ideas libremente, y sin previa censura."**

Feliciano Chiclana, Manuel de Sarratea, Juan José Paso

PRIMER TRIUNVIRATO

Buenos Aires, 26 de octubre de 1811

bondad. El actor está bien. ¿Conoce usted Los frutos de la instrucción? Hay allí un cocinero que se parece a su actor. Es difícil escribir para el teatro. También está bien su prostituta: debe ser así. ¿Usted ha conocido algunas?  
 —Sí.  
 —Se ve. La verdad lo traspasa todo.  
 —Habla demasiado de usted mismo; por esto faltan caracteres en sus piezas, y todos sus personajes tienen el mismo rostro. Usted no comprende a la mujer. La olvida en seguida...  
 En ese momento entró la mujer de Andrés Lvovich, invitándonos a tomar té. El se levantó y salió apresuradamente, como si se alegrara de poner fin a nuestra charla.

—¿Cuál ha sido su sueño más espantoso? — me preguntó.  
 —Sólo dos sueños han quedado en mi memoria, probablemente para toda la vida; sueño rara vez y lo olvido en seguida.  
 Una vez vi un cielo putrefacto, de un amarillo verdoso con estrellas redondas, aplastadas, sin brillo, como pústulas sobre una piel anémica. Entre ellas se deslizaba lentamente un relámpago rojizo parecido a una serpiente, que al tocar una estrella, la hinchaba y reventaba sin ruido, dejando en su lugar, una mancha negruzca, que luego desaparecía como una humareda. Así una a una reventaron las estrellas y el cielo se oscureció horriblemente: luego se puso a girar, a hervir, y quebrándose, me cayó sobre la cabeza en helada líquida: a través de las rajaduras se veía el negro brillante del charol.  
 León Nicolaievich dijo:  
 —Eso provenía de algún libro de ciencia, seguramente ha leído algo sobre astronomía, lo que ha provocado su pesadilla. ¿Cuál es el otro sueño?  
 —El otro: Una extensión de nieve, lisa como una







UN POEMA  
DEL GENERAL PAZ

Artillero fue mi vida de soldado.  
Cárcel fue mi vida de soldado.  
Yo, el caudillo civil,  
el boleado,  
quizá por mi suerte  
montonero frustrado.  
Regreso a mi patria.  
Las palabras de siempre me convocan.  
Voy a caminar sobre esta pampa,  
con todos los caballos.  
Que los hombres se reúnan  
por las riendas:  
un general los lleva  
hacia otra historia.  
Mi prueba es Quiroga.  
Nadie como yo,  
para alabar su carga.  
Me falta una mano,

también el caballo.  
Triste es la vida del soldado.  
Aun acaricia mis papeles de Oncativo,  
todavía recuerdo a Lamadrid,  
charreteras de la tarde,  
ocasos que se han muerto con soldados,  
batallas que no di, glorias, glorias  
que el tiempo me ha quitado.  
Yo, el General Paz,  
un poco viejo y ya cansado.  
Por ganar batallas y estar preso,  
yo, el General Paz,  
soy este muerto.  
Aún me pesa el orden,  
esta simulación del caos,  
que otros hombres, por mi nombre,  
por mi cárcel, recuerdan  
todavía.



TRABAJO PRACTICO SOBRE UN TEXTO DE JOYCE

Ya que no podemos cambiar de país, cambiemos de conversación.  
Ya que no podemos cambiar de conversación, cambiemos de país  
Ya que no podemos cambiar ni de país ni de conversación, cambiemos.



hoja de papel, sin una colina ni un árbol, ni un arbusto, sólo algunas varillas de mimbre. Sobre la nieve de este desierto muerto, de extremo a extremo, cruza un sendero borroso sobre el cual caminan lentamente unas botas de paño gris, vacías.

Enarcó sus tupidas cejas de sátiro y reflexionó mirándome atentamente.

—Eso es terrible. Verdaderamente, ¿lo ha soñado, no lo ha inventado? Allí también se nota la influencia de un libro. Súbitamente pareció disgustado; golpeóse la rodilla con un dedo y dijo con severidad.

—¿Usted no bebe verdad? Ni parece haber bebido jamás. Sin embargo, en sus sueños hay borrachera. Había un escritor alemán, llamado Hoffmann, que soñaba con mesas de juego corriendo por las calles, pero era un borracho, un "cólico", como dicen los cocheros letrados. Las botas vacías que caminan, asustan, realmente. ¡Aunque sólo lo hubiera inventado, está bien y es terrible!

Luego rió espontáneamente, y brillaron sus pómulos lustrosos.

—No, pero imagínese esto: Corriendo por la calle Tverskaia, una mesa de juego con patas arqueadas; cruje y levanta un polvo blanquizo; sobre el tapete verde se distinguen algunas cifras. Unos funcionarios de la administración jugaban a la brisca sobre ella durante tres días y tres noches. Ella se cansó y huyó.

Se echó a reír, pero percibiendo la pena que me causara su desconfianza, me preguntó:

—¿Se ha molestado porque sus sueños me parecen novelescos? No se altere; yo sé que a veces inventamos, sin darnos cuenta, las cosas más inverosímiles y creemos haberlas soñado. Un viejo agricultor me contó que en sueños había atravesado un bosque, luego había llegado a un valle cerrado por dos colinas que súbitamente se trocaron en los senos de una mujer, entre los cuales se distinguía un rostro negro, con dos lu-

nas como antorchas en lugar de ojos. El viejo se hallaba entre las piernas de la mujer, y frente a él se abría un abismo profundo y negro que lo atraía. A continuación de este sueño, su cabello empezó a blanquear y sus manos a temblar. Tuvo que irse a Kneipp a seguir una cura. El había visto sin duda algo semejante y se dejó influenciar: era un vividor.

Me golpeó la espalda.

—Mientras usted no es ni un borracho ni un vividor. ¿Cómo es posible que tenga tales sueños?

—No sé.

—No sabemos nada de nosotros mismos.

Esta tarde, durante el paseo, me dijo:

—¿Conque las botas caminan, eh? Están completamente vacías...: ¡tip, tip, tip y cruje la nieve! ¡Qué bien! Esto no impide que usted sea muy novelesco. No conseguiré más que hacerse mal si se enoja.

Yo no creo ser más novelesco que él, pero hoy día me ha parecido un racionalista cruel, a pesar de todos sus circunloquios.

Por teléfono a Chejov:

—¡Qué feliz día es éste para mí! Tengo el alma tan alegre que quisiera que usted también fuera feliz. ¡Sobre todo usted! ¡Usted es bueno, muy bueno!

Si usted le habla de lo que no le interesa, no lo escucha, no le cree. El no pregunta, sino que investiga. Como un aficionado de curiosidades, no retiene más que lo que armoniza con su colección.

Haciendo la selección de su correspondencia, dijo:

—Uno se agita, escribe, pero un año después de mi muerte preguntarán: ¿Tolstoi? Ah, sí, aquel conde que trataba de hacer botas y no sé qué le sucedió...: es ese, ¿verdad?



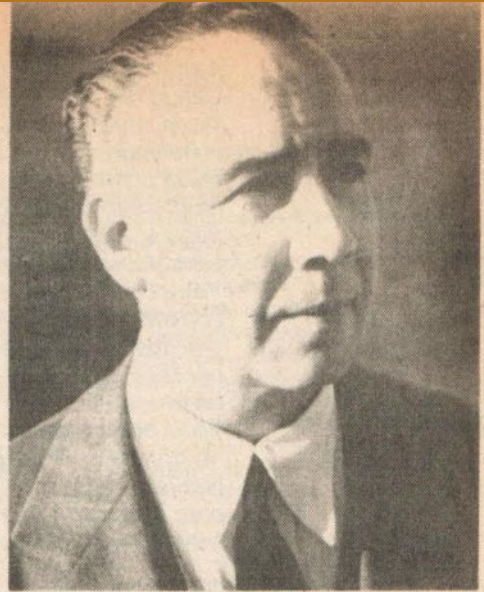


reportaje a

leopoldo  
marechal

por

ana maría barrenechea



## el escritor y el lenguaje

Ana María Barrenechea: ¿Se ha planteado Ud. alguna vez problemas sobre el lenguaje al escribir o ha escrito espontáneamente, sin cuestionarse su empleo?

Leopoldo Marechal: Yo he escrito siempre sin formularme preguntas previas, o crearme problemas a priori, pero siempre tenía la conciencia de que hay evidentemente una problemática del lenguaje aplicado al arte de escribir; eso en lo general; en lo particular, el arte de escribir aquí y ahora en nuestro pueblo. Nos encontramos usando un lenguaje en constante elaboración, que parecería querer constituirse en una nueva lengua romance, derivada no ya del latín sino del español mismo. En primer lugar, claro está, el lenguaje es un instrumento de expresión y comunicación, específicamente humano. Al menos, así lo entendimos siempre, porque últimamente parece que la expresión y la comunicación entran en las características de todos los seres vivos. Se están haciendo investigaciones acerca del lenguaje de algunas especies animales, y no dudaría yo que dentro de muy poco tiempo se estudie la posibilidad de que hasta el mundo vegetal tenga alguna forma de comunicación. Lo que nos interesa de este primer aspecto es lo que el lenguaje tiene de convencional, es decir, de convención establecida y aceptada por quienes se comunican con ese lenguaje. El segundo aspecto es considerar que un idioma, un lenguaje, es un animal viviente, digamos así, dotado de un ánima, un elemento que lo anima, desde su nacimiento hasta su muerte. Y siendo un organismo viviente, sufre continuas destrucciones y reconstrucciones que se observan en todo organismo vivo, particularmente en los tejidos animales y vegetales. Es un animal viviente, como digo, que se destruye y se reconstruye. Ahora bien, ¿cuáles son los factores que determinan esa destrucción y esa reconstrucción permanente del idioma? Es el mismo pueblo que lo habla; y en ese sentido el pueblo sería el único legislador de su propio idioma, el inventor anónimo y constante. Por eso, si el lenguaje es también una convención, como dije antes, es lógico que a medida que se modifica el lenguaje cambien también las convenciones, y es

necesario que nosotros aceptemos estas nuevas modificaciones; si no, corremos el riesgo de trabajar con un lenguaje cerrado, para muy pocos entendidos, como sería por ejemplo el lenguaje de las matemáticas, que es muy preciso pero que únicamente vale entre los matemáticos.

A.M.B.: Dijo usted que el pueblo que habla una lengua es el dueño de ella y el legislador dentro de ella, ¿y qué papel le daría usted al escritor, que indudablemente forma parte también de ese pueblo?

L.M.: El escritor debe ser particularmente sensible, puesto que si el escritor trata de comunicarse con su pueblo, es lógico que conozca las convenciones del momento. Por eso el escritor es un hombre que debe estar atento. Recuerdo una anécdota muy graciosa, de la cual fui testigo, y cuyos protagonistas fueron un filólogo y un escritor. El filólogo era Amado Alonso, y el poeta era Federico García Lorca. El episodio tuvo lugar en el local que ocupaba entonces el Instituto de Filología en Florida y Viamonte, una vieja casa que pertenecía, creo, a Victoria Ocampo, luego fue demolida y ahora hay un feo edificio a base de cristales donde venden lavarropas, Amado Alonso era entonces el director del Instituto de Filología, que compartía con los Lida y con Rosemblat, un equipo espléndido.

García Lorca, que estuvo aquí bastantes días, fue a visitar a Amado Alonso. Y Amado Alonso le censuró algunas formas de lenguaje, en forma familiar, puesto que eran íntimos amigos. Federico dijo que le causaban mucha gracia los filólogos cuya única razón de existir era estudiar las irregularidades y las modificaciones que los poetas intuitivamente introducen en el lenguaje; por lo tanto no le aceptó ninguna censura de ese tipo. Y yo recuerdo que hice una referencia a la Poética de Horacio, la Epístola a los Pisones, en que autoriza al poeta formalmente a modificar el lenguaje, a introducir palabras nuevas y giros nuevos; es decir, García Lorca hablaba en aquel instante de sus legítimos derechos de innovador.

A.M.B.: Yo que viví también aquella épo-

ca, en fin, no recuerdo ese momento, pero recuerdo bien lo que Amado Alonso pensaba entonces, y él les solía dar libertad a los poetas, precisamente en eso. Opinaba que el escritor tenía derecho a cualquier tipo de creación dentro del lenguaje siempre que se hiciera entender, siempre que se produjera la posibilidad de comunicación, que se guardara un mínimo del enlace con los otros hombres por un código común. Era muy poco gramático en el sentido convencional de la palabra, y les dejaba toda la libertad de creación.

L.M.: Existe una tendencia irresistible entre los filólogos a tratar de fijar el idioma, lo cual termina para convertirlos, yo creo que fatalmente, en académicos de la lengua. Amado Alonso estaba a mil leguas de estar en eso. Lo que debe haber ocurrido en ese momento es que decidió pelearse con Federico, tirarle de la lengua. Y tirarle de la lengua a un andaluz es sumamente peligroso. Por otra parte yo fui testigo inocente. Yo había ido al Instituto para consultar a Amado Alonso sobre el origen de la palabra *petizo*, porque estaba escribiendo Adán Buenosayres y tenía un personaje que era un *petizo*, y quería saber si debía escribirlo con Z o con S. Y entonces él estuvo buscando y me dijo al final que "*petizo*" venía del portugués "*petiz*", el cual a su vez venía del francés "*petit*", y él entendía que debía ir con Z. (1)

A.M.B.: En la adaptación a la forma nuestra de pronunciar está bien que vaya con S. Y ya que hablamos de eso: ¿cómo ve usted las diferencias entre el español de los escritores peninsulares y el de los americanos?

L.M.: Desde luego, hay mucha diferencia, pero mayor es la diferencia del idioma de los españoles y el nuestro. Hay una cantidad de hechos que son fatales y yo creo que irreversibles, como el problema del voseo, las formas de los verbos, sobre todo las segundas personas del singular y del plural a los que hay que aceptar ya como un hecho definitivo. A los escritores al principio les molesta, como tirones todavía



por aquella rienda del idioma clásico, pero uno termina por acostumbrarse a nuestras fórmulas del voseo y hasta las encuentra sonoras y significativas. Yo he adoptado el vos y esa forma de hablar de un modo definitivo. Ese problema se agudiza más en algunos géneros literarios, por ejemplo en el teatro, cuando es necesario hacer dialogar a personajes contemporáneos, y sobre todo a personajes populares. Sería muy curioso que yo hiciera hablar a un camionero de Avellaneda y que dijera "vosotros sabéis" por ejemplo.

A.M.B.: Sí, eso es interesante. Usted ha planteado muy bien el problema al hacer la distinción según los géneros literarios. Las convenciones literarias no son las mismas para todos los géneros. Si no recuerdo mal, en su poesía usted usa el "tú".

L.M.: Sí, en la poesía lírica sí, lo uso todavía, he usado, el "tú". Pero el problema se da sobre todo en el teatro y en la novela cuando hay que hacer dialogar a los personajes.

A.M.B.: ¿Usted se atrevería, ahora, a escribir poesía usando el "vos"?

L.M.: Sí, sin ningún inconveniente.

A.M.B.: Hemos discutido un poco si se legaría al "vos" en la lírica.

L.M.: Estos no son males de nuestro modo de hablar, en la Argentina sino que son modificaciones, aspectos puramente formales. Yo creo que el mal de nuestro idioma, inclusive popular, está en otras cosas. Está en una tendencia a la abstracción, sobre todo, y en una tendencia a eliminar de nuestro idioma todas las figuras de pensamiento que le den al lenguaje algún color, ya sea por metáfora, por comparación, por hipérbolo o lo que fuera. El causante de este mal ha sido el periodismo. La gente cada vez habla más parecido a los editoriales de La Prensa: ese lenguaje abstracto en que las palabras han perdido en sí su valor representativo, uno no ve la cosa que representan. Y a este mal, nuestro pueblo sigue dándole admirables remedios, porque nuestro pueblo es particularmente aficionado a dos figuras de pensamiento, una es por lo menos una figura del pensamiento clásica que es la hipérbolo. Y también al absurdo, al disparate, es decir, a aquellas formas de expresión que parecen no tener ningún sentido lógico. Yo creo que el disparate puro no existe porque la mentalidad del hombre está tan conformada a las leyes de la lógica que cualquier disparate va a tener algún sentido o alguna explicación lógica.

Sobre todo se da con mucha abundancia la hipérbolo y el disparate. Esas cosas, recogidas y usadas con sabiduría, pueden volver a darle color al idioma, junto con sus expresiones, sus sentencias, que son tan pintorescas.

A.M.B.: ¿Qué ventajas e inconvenientes ve en el hecho de acentuar las diferencias idiomáticas, o en el hecho opuesto de borrarlas y tender a la unidad? Es una pregunta que hemos pensado con referencia al propio planteo del escritor, en el momento en que planea una obra o empieza a escribir, lo que piensa acerca del público que lo va a leer: si usted juzga que es mejor acentuar las diferencias por tendencia a la expresión de la propia originalidad aunque pierda en universalidad, o si usted preferiría

unas formas más generales dentro del español para tener un ámbito mayor de resonancia, o si cree que con lo peculiar puede tener la misma resonancia que con lo general.

L.M.: Ah sí, yo creo que con lo peculiar del idioma argentino —porque evidentemente ya tiende a ser un idioma argentino— se pueden dar absolutamente todos los matices y darle a todas las ideas la universalidad que necesitan. Porque si ustedes bien lo miran, las diferencias están en muy pocos elementos —en el voseo, en los verbos— pero en todo lo demás se lo puede utilizar perfectamente bien. En ese sentido yo soy partidario de utilizar toda la riqueza de nuestro idioma, siempre que no lesionen estas modificaciones que, de no ser respetadas, causarían bastante asombro a nuestros lectores, si empleáramos un lenguaje demasiado hispánico, por ejemplo. Pero aparte les advierto que nuestras modalidades lingüísticas son muy contagiosas. Lo que puede ocurrir es que nosotros exportemos nuestras peculiaridades a España más que lo contrario. Y ya hay algunas manifestaciones; he visto en España una tendencia a usar nuestra palabra "fenómeno": "Es fenómeno", "¡qué fenómeno!". Lo veo en la televisión española, en el teatro español. Y con respecto a otras naciones de Hispanoamérica, que conservan un español más puro que nosotros, también. Si Elbita mi mujer y yo nos quedamos un mes más en La Habana todo el mundo estaría hablando de "che", "vos", "vení" y "salí".

A.M.B.: ¿Considera usted que una de estas variedades regionales, sea de España o sea de América, es estéticamente superior a las otras?

L.M.: No, no creo que haya superioridad o inferioridad. Es un hecho nuevo, un hecho distinto, y que tiene además todos los derechos a existir, como ha ocurrido siempre. Por otra parte, estas características de nuestro idioma nacional ustedes las pueden ya encontrar en algunos clásicos españoles, particularmente en la novelística picaresca. Si ustedes leen por ejemplo, La lozana andaluza van a encontrar el "vení, el "salí", etc.

A.M.B.: En eso estamos de acuerdo todos. Ahora, ¿qué piensa usted entre las relaciones —las semejanzas o las diferencias— entre su lenguaje cotidiano y su lenguaje literario? ¿Siente o no un abismo o una incómoda distancia entre el hablar y el escribir?

L.M.: No. Yo hablo como escribo. Lo que pasa es que al escribir, con más lentitud y con **más meditación**, trato de concretar mejor mis ideas y sobre todo evitar lo que yo odio particularmente, las cacofonías, los hiatos, etc., que estorban ese cursus gracioso que debe tener un guión. En lo demás, no hay ninguna diferencia.

A.M.B.: ¿Ve su lenguaje como algo muy unitario o piensa que debe manejar distintos tipos de lenguas según los géneros literarios (como ya lo dijo antes) o según el carácter de las obras, o aún de las partes de una obra, es decir, dentro de la obra variar su tipo de lenguaje?

L.M.: Bueno, yo particularmente trato, de acuerdo con las necesidades del relato o de la exposición, de buscar las formas o modificaciones que mejor me sirvan para

expresar concretamente mi pensamiento. Uno de los grandes problemas del escritor es que el texto diga lo que uno quiere decir, y eso se logra después de mucho taller literario, de mucho trabajar en su casa. Porque de repente ocurre que en lugar de ser el autor el que gobierna el idioma, es el idioma el que gobierna al autor. Lo cual ha dado además lugar a muchos "ismos" literarios, a pesar de ellos, ¿no?

A.M.B.: Yo había pensado eso precisamente porque la lectura de Adán Buenosayres, la primera lectura, de la impresión de una riqueza muy grande de modos de expresión en el lenguaje.

L.M.: Le decía que yo trato de usar toda la riqueza del idioma español, que es mucha. Y puedo hacerlo porque desde muy chico he sido un gran lector de los clásicos españoles. Y los he leído no por razones de estudio —prácticamente en esto y en otras materias soy un autodidacto—, sino por deleite, porque me gustaban.

A.M.B.: ¿Se siente o no se siente ligado a una tradición literaria argentina? Acá hay dos preguntas: una se refiere a qué tradición literaria argentina, si es a alguna escuela o tendencia, o a toda tradición, en fin, respecto del lenguaje, pero me gustaría que también abarcara otros aspectos que no fueran los específicamente lingüísticos.

L.M.: Realmente esa es una pregunta muy interesante, y alguna vez tuve que contestarla, sobre todo cuando preguntan si existe una literatura argentina. Pregunta que hacen todos los jóvenes, de cajón, los que me vienen a ver, son muchos, y se traen sus micrófonos y sus largos cuestionarios. Fatalmente dan en esa pregunta. Yo empiezo por decirles, si no existiera una literatura argentina no estarían Uds. viéndome a mí en este momento. ¡Vaya si hay una literatura argentina! Y hay clásicos argentinos, que yo respeto y admiro mucho. Mis clásicos argentinos preferidos son: Sarmiento, Mansilla, Hernández. ¿Y sabe por qué los respeto? No sólo por la importancia de sus obras, sino porque el comienzo de nuestra literatura tuvo una cantidad de valores que trabajaron sin complejo de inferioridad. El complejo de inferioridad viene después de Caseros, es decir cuando el país empieza a traicionar su ser nacional y empieza a dedicarse a los mimetismos de las literaturas foráneas. Pero Uds. comprenden, por ejemplo, que un Sarmiento pinta un Facundo que era un gaucho riojano, y lo toma y le da la envergadura de un héroe universal, ¿no? Y hasta yendo más lejos, a pesar de que no simpatizo con él, el mismo Don Bartolo toma la vida de San Martín y de Belgrano, que eran entonces dos generalitos, ¿eh? de Sudamérica, y sin embargo los presenta como si fueran un Napoleón o un Alejandro Magno. Porque trabajaban, sin quererlo o sin saberlo, sin complejos de inferioridad. Ellos tenían la intuición de que un gran país, o un país de gran futuro los estaba respaldando. Después las cosas son peores, ¿no? Yo creo que hay que retomar esa fibra de esos escritores, y por eso los pongo como ejemplos, como paradigmas, y volver a escribir, volver a trabajar sin complejos de inferioridad frente a lo universal contemporáneo. Lo cual no cuesta mucho, porque lo universal contemporáneo está en una decadencia tal que no sé qué es lo que va a poder pasar con las literaturas europeas.



julio cortázar  
un  
capítulo  
inédito  
de  
"Rayuela"



*Conozco de sobra las trampas de la memoria, pero creo que la historia de este "capítulo suprimido" (el 126) es aproximadamente de la que sigue.*

Rayuela partió de estas páginas; partió como novela, como voluntad de novela, puesto que existían ya diversos textos breves (como los que dieron luego los capítulos 8 y 132) que estaban buscando aglutinarse en torno a un relato. Sé que escribí de un tirón este capítulo, al que siguió inmediatamente y con la misma violencia el que luego se daría en llamar "del tablón" (41 en el libro). Hubo así como un primer núcleo en el que se definían las imágenes de Oliveira, de Talita y de Traveler; bruscamente el envión se cortó, hubo una pausa penosa, hasta que con la misma violencia inicial comprendí que debía dejar todo eso en suspenso, volver atrás en una acción de la que poca idea tenía, y escribir, partiendo de los breves textos mencionados, toda la parte de París.

De ese "lado de allá" salté sin esfuerzo al de "acá", porque Traveler y Talita se habían quedado como esperando y Oliveira se reunió llanamente con ellos, tal como se cuenta en el libro; un día terminé de escribir, releí la montaña de papeles, agregué los múltiples elementos que debían figurar en la segunda manera de lecturas, y empecé a pasar todo en limpio; fue entonces, creo, y no en el momento de la revisión, cuando descubrí que este capítulo inicial, verdadera puesta en marcha de la novela como tal, sobraba.

*La razón era simple sin dejar de ser misteriosa; yo no me había dado cuenta, a casi dos años de trabajo, que al*

Empezó porque después de tomar el último trago de café, hizo la señal pero lo miró inexpresivamente y fue a buscar el diario para leer las columnas necrológicas como corresponde después del café. esperó un momento y dijo que iba a hacer más café porque se había quedado con ganas de tomar café de verdad y no el jugo blanquecino que preparaba so pretexto de que ya casi no quedaba café molido en la lata azul. A esto contestó con una

mirada igualmente blanquecina, y cuando le hizo otra vez la señal, los ojos se dejaron caer hacia abajo y empezaron a buscar (en un diario de la mañana) a Juan Roberto Figueredo, q.e.p.d., fallecido en la paz del Señor el 13 de enero de 195 , con los auxilios de la religión y la bendición papal. Su esposa, etcétera.

Isaac Feinsilber, q.e.p.d., etcétera. Rosa Sánchez de Morando, q.e.p.d. Ningún conocido ese día, ni siquiera un nombre

final del libro, la noche de Horacio en el manicomio, se cumplía dentro de un simulacro equivalente al de este primer capítulo; también allí alguien tendría hilos de mueble a mueble, de cosa a cosa y en una ceremonia tan inexplicable como obvia para Oliveira y para mí. De golpe el ya viejo primer capítulo se volvía reiterativo, aunque de hecho fuese lo contrario; comprendí que debía eliminarlo, sobreponiéndome al margo trago de retirar la base de todo el edificio. Había como un sentimiento de culpa en esa necesidad, algo como una ingratitud; por eso empecé buscando una posible solución, y al pasar en limpio el borrador suprimí los nombres de Talita y de Traveler, que eran los protagonistas del episodio, pensando que el relativo enigma que así lo rodearía iba a amortiguar el flagrante paralelismo con el capítulo del loquero. Me bastó una relectura honesta para comprender que los hilos no se habían movido de su sitio, que la ceremonia era análoga y recurrente; sin pensarlo más saqué la piedra fundamental, y por lo que he sabido después la casita no se vino al suelo.

Hoy que Rayuela acaba de cumplir un decenio, y que Alfredo Roggiano y su admirable revista nos hacen a ella y a mí un tan generoso regalo de cumpleaños, me ha parecido justo agradecer con estas páginas, que nada pueden agregar (ni quitar, espero) a un libro que me contiene tal como fui en ese tiempo de ruptura, de búsqueda, de pájaros.

JULIO CORTAZAR

Saignon, 1973.

que se pareciera a alguien conocido y que permitiera la duda y la genealogía.

volvió con la cafetera y empezó por echar bastante azúcar en la taza de que no lo miraba, absorta en la lectura de Remigio Díaz, q.e.p.d. Después le sirvió café hasta el borde de la taza, y llenó la suya, mientras con la mano libre sacaba un paquete de cigarrillos y se lo llevaba a la boca como si fuera a morderlo, pero era nada más que para extraer hábilmente un cigarrillo sin



tocar los otros con los labios.

—Tengo muchísimo sueño —dijo al cabo de diez minutos.

—Con las noticias que lees —dijo que había estado esperando la frase y empezaba a inquietarse seriamente.

bostezó con delicadeza.

—Aproveché que la cama no está tendida —dijo —. Siempre te ahorrarás un trabajo.

lo miró como esperando que él renovara la señal, pero se había puesto a silbar con los ojos clavados en el techo y más precisamente en una telaraña. Entonces pensó que estaba ofendido porque no le había contestado la señal con la respuesta convenida (que consistía en pasarse una mano por la oreja izquierda en señal de ternura y aquiescencia), y se fue a dormir la siesta dejando la mesa tendida con los restos de un rotundo puchero.

esperó tres minutos, se sacó el saco de pijama y entró en el dormitorio. dormía profundamente, tendida de espaldas. Como hacía calor, había retirado la frazada y la sábana de arriba; era exactamente lo que deseaba, y también que no tuviera puesto más que el camisón con que se había levantado. La bata azul estaba tirada a los pies de la cama, cubriéndole los pies, y la enganchó con la zapatilla y la proyectó hasta un rincón. Calculó mal y la bata estuvo a un tris de irse por la ventana, lo que hubiera sido molesto.

Del bolsillo izquierdo del pantalón sacó un tubo de Secotine y un ovillo de hilo negro. El hilo era brillante y bastante grueso, casi como un cordel. Con mucho cuidado metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y sacó una hojita de afeitar envuelta en un pedazo de papel higiénico. El papel higiénico se había roto y se veía parte del filo de la hojita. Sentándose al borde de la cama, empezó a trabajar mientras silbaba estruendosamente un trozo de ópera. Estaba seguro de que no se despertaría, porque el café a grandes dosis la hacía dormir profundamente, y además lo hubiera asombrado que se despertara teniendo en cuenta que le había echado pastillas de penumbrato de oxtalina junto con el azúcar. Muy al contrario, el sueño de era extraordinario; respiraba resoplando, es decir que cada cinco segundos su labio superior se inflaba como un volado de cortina, mientras el aire salía por debajo en forma de soplado estertoroso. A le sirvió esto como compás para seguir silbando la

ópera mientras cortaba un pedazo de hilo negro luego de calcular aproximadamente cuánto necesitaba.

Los tubos de Secotine se abren extrayendo de su interior un alfiler de cabeza redonda, que sirve para mantenerlos destapados y tapados al mismo tiempo, detalle que da idea de la astucia del fabricante. Una vez retirado el alfiler, lo más probable es que aparezca en el pico del tubo una gota de una sustancia bastante repugnante, de olor ya célebre y propiedades mucilaginosas certificadas. Con mucho cuidado, y mientras bordaba variaciones sobre *Bella figlia dell'amore*, mojó el extremo de la hebra negra en la Secotine e inclinándose sobre apoyó la parte humedecida en el medio de su frente, dejando el dedo lo suficiente como para que la hebra se pegara en la frente sin que el dedo se pegara en la hebra, es decir unos cuatro segundos término medio. Después se trepó a una silla (poniendo antes el tubo, el alfiler y el ovillo sobre la cómoda) y pegó el otro extremo de la hebra en uno de los caireles de la araña suspendida sobre la cama y que se había negado a tirar por la ventana a pesar de sus (ya pasadas y no repetidas) súplicas.

Satisfecho de que la hebra quedara suficientemente tensa, porque detestaba las comas en cualquier obra humana, se colocó del lado izquierdo de la cama armado de la hojita de afeitar, y cortó de un solo tajo el camisón de empezando por debajo de la axila. Después cortó la vuelta de la manga, e hizo lo mismo del otro lado. Las mangas salieron como pieles de culebra, pero procedió con cierta solemnidad en el momento de levantar la delantera del camisón y dejar desnuda a Nada podía haber en el cuerpo de que le fuera extraño, pero su brusca contemplación le producía siempre un deslumbramiento que la Gran Costumbre se aplicaba a enmohecer de golpe. El ombligo de , sobre todo, lo trastornaba a primera vista; tenía algo de repostería, de injerto fracasado, de pastillero tirado en un tambor. Cada vez que lo veía desde lo alto, a le venían unas ganas vehementes de juntar saliva, una saliva dulce y muy blanca, y escupir delicadamente en el ombligo, llenándolo hasta el borde de una tibia puntilla de cumpleaños. Lo había hecho muchas veces, pero ahora no era el momento, de manera que volvió a buscar el ovillo y se puso a cortar hebras de diferente longitud, calculando previamente ciertas distancias. La primera hebra (porque la que iba de la frente al cairel de la

araña era como un pacto previo que no contaba) la pegó en el dedo pulgar del pie izquierdo de ; esta hebra iba del pulgar al pestillo de la puerta que daba al cuarto de baño. La segunda hebra la fijó en el segundo dedo y también en el pestillo; la tercera, en el tercer dedo y también en el pestillo; la cuarta hebra, en el cuarto dedo y en un adorno de la cómoda en forma de cornucopia (de roble y rajada en tres partes); la quinta hebra iba del dedo más pequeño a otro cairel de la araña. Todo esto correspondía al lado izquierdo de la cama.

Satisfecho, pegó una hebra en la rodilla izquierda de y la fijó en la parte superior del marco de la ventana que daba al patio del hotel. Precisamente en ese instante una enorme mosca verde entraba por la ventana abierta, y empezaba a zumbar sobre el cuerpo de . Sin hacerle caso, fijó otra hebra en la ingle izquierda de y en la parte superior del marco de la ventana. Pensó un momento antes de decidirse, y después tomó el tubo de Secotine y lo apretó contra el ombligo de , hasta rellenarlo. Pegó inmediatamente seis hebras, que fijó en cinco caireles de la araña y en el marco de la ventana. No le pareció bastante y pegó otras ocho hebras en el ombligo, que fijó en siete caireles de la araña y en el marco de la ventana. Retrocediendo dos pasos (estaba un poco arrinconado entre la cama, la ventana y las hebras que iban de al marco) apreció el trabajo realizado y lo encontró bien. Sacó otro cigarrillo y lo encendió con el pucho del que ya le quemaba los labios. Cortó de golpe media docena de hebras, y pegó una en el pezón izquierdo de , otra entre los pelos de la axila izquierda, otra en el lóbulo de la oreja, otra en la comisura izquierda de la boca, otra en la aleta izquierda de la nariz y otra al lado del lagrimal izquierdo. Las tres primeras las fijó en los caireles de la araña, y las otras en el marco de la ventana, con mucho trabajo porque casi no le quedaba lugar para moverse. Tras esto fijó hebras en cada dedo de la mano izquierda, en el codo y en el hombro del mismo lado. Después tapó el tubo de Secotine con el alfiler suministrado a tal efecto, envolvió la hojita de afeitar en el pedazo de papel higiénico atentamente preservado en el bolsillo trasero del pantalón, y guardó las dos cosas y el ovillo en el bolsillo izquierdo de la misma prenda. Agachándose con mucho cuidado para no rozar las hebras, que estaban admirablemente tensas, se arrastró por debajo de la cama hasta salir del otro,



completamente cubierto de polvo y pelusas. Se sacudió contra la ventana que daba a la calle, volvió a sacar sus utensilios de trabajo y cortó una cantidad de hebras, que fue pegando sucesivamente en distintas partes de lado derecho de , manteniendo en general la simetría con el lado izquierdo pero permitiéndose ciertas variaciones; por ejemplo, la hebra correspondiente al lóbulo de la oreja derecha quedó tendida entre el lóbulo y el pestillo de la puerta del cuarto de baño; la hebra que salía del lagrimal derecho quedó fijada en el marco de la ventana que daba a la calle. Finalmente (aunque era una tarea que no tenía por qué terminar tan pronto) cortó una buena cantidad de hebras, les puso abundante Secotine y se largó a una improvisación vehemente, repartiéndolas en el pelo y las cejas de , y fijándolas en su mayoría en los caireles de la araña, aunque no sin reservar algunas para el marco de la ventana que daba a la calle, el pestillo de la puerta del cuarto de baño, y la cornucopia.

Metiéndose debajo de la cama, después de guardarse el tubo, la hojita de afeitar y el ovillo en el bolsillo del pantalón, se arrastró hasta salir por los pies de la cama, y siguió reptando de modo de quedar frente a la puerta del cuarto de baño. Muy despacio, para no rozar ninguno de los hilos que iban hasta el pestillo, se enderezó y miró su obra. Por las ventanas entraba una luz amarilla y bastante sucia, que parecía un reflejo de la pared descascarada de la casa de enfrente donde todavía se conservaban los restos de una pintura representando a un niño de pecho que sorbía alguna cosa con aire de gran deleite; pero la pintura se había desprendido a jirones, y en lugar de la boca del niño tenía una especie de llaga amoratada que no parecía ninguna recomendación del producto nutritivo encomiado más abajo con unas letras más bien tartamudas. La calle era enormemente angosta y las ventanas de un lado no estaban a más de cinco metros de las del otro. A esa hora no había ninguna abierta, salvo la de , pero no estaría a esta hora, o dormiría la siesta. La mosca empezaba a molestar seriamente a , que hubiera querido expulsarla, pero para eso hubiera tenido que adelantarse hasta los pies de la cama y agitar la mano cerca de la araña, cosa imposible dada la cantidad de hebras tendidas en esa dirección.

"Hace calor", pensó , secándose la frente con el revés de la mano. "Hace un calor bárbaro, realmente".

Por un lado le hubiera gustado cerrar



las persianas, pero aparte de que era muy difícil abrirse paso entre las hebras, hubiese dejado de ver con la perfecta claridad necesaria el cuerpo de . La desnudez de se recortaba no tanto por estar tendida de espaldas en la cama sino porque las hebras negras parecían converger de todas partes y precipitarse sobre ella. Si no hubieran estado tan tensas este efecto se habría malogrado completamente, y se felicitó por su destreza, aunque llevado por una exigencia natural a su espíritu no dejó de ver que la hebra que iba desde el marco de la ventana hasta el lagrimal derecho estaba ligeramente floja. Por un momento pensó que se habría movido, alterando el juego general de las tensiones, pero le bastó observar en conjunto las hebras para descartar esa posibilidad. Además la dosis que había echado en el café no hubiera permitido que moviese ni siquiera los párpados. pensó en arrastrarse hasta la hebra más floja y tenderla mejor, pero probablemente hubiera estropeado algunas de las hebras que se reunían con la otra en el marco de la ventana. Concluyó que en conjunto el trabajo estaba bien, y que podía permitirse un descanso y otro cigarrillo.

Ocho minutos después tiró el pucho por la ventana que daba a la calle, y se desnudó sin moverse de donde estaba. Su cuerpo alto y flaco parecía salido de una litografía (era una opinión frecuente de ). Aunque no podía ver-

## antonio cisneros

### dos sobre mi matrimonio uno

Yo construí un hogar sobre la piedra más alta de

Ayacucho, la más dura de todas, guardado por el puma y el halcón y bajo techo / una fogata redonda y amarilla.

Pero poco quedaba por ganar: apenas fue el final de esa alegría guardada y desgastada entre los años — hace siete veranos por ejemplo, gloriosos y enredados junto a las grandes olas y lejos de los ojos de tu tribu.

Pero cualquier chillido — un pelícano herido, una gaviota — podrían devolverte el viejo miedo, y entonces / volvías a cruzar los muros de tu tribu por la puerta mayor

— el pelo y las orejas / eran toda la arena de la playa. Y es el miedo que nunca te dejó, como la ropa interior o los modales.

Qué fue eso de casarse en una iglesia "barroco colonial del XVII en Magdalena Vieja"

— pero la arquitectura no nos salva.

Verdad que así tuvimos un par de licuadoras, un loro

lo, hizo la señal convenida, y esperó alguna respuesta durante medio minuto. Después empezó a acercarse a los pies de la cama, sorteando poco a poco con cuidado infinito las hebras que iban hasta el pestillo de la puerta del cuarto de baño. Para eso se agachó y levantó cada vez que hacía falta, hasta quedar parado exactamente a los pies de la cama, cerrando un triángulo formado por los dos pies de y su propio cuerpo. Esperó un rato, hasta que abrió los ojos y lo miró. Apenas tuvo la seguridad de que lo estaba viendo (porque a veces la inconsciencia duraba unos minutos después del despertar), levantó un dedo y señaló una de las hebras. Los ojos de empezaron a pasear por las hebras, partiendo de las que brotaban de sus cejas y lagrimales, y siguiendo luego a lo largo de su cuerpo. Subían hasta los caireles de la araña y volvían al punto de partida; volvían a salir, iban hasta la ventana que daba al patio y regresaban a fijarse en una rodilla o en un pezón; seguían el rumbo negro que los llevaba hasta la ventana que daba a la calle, y regresaban hasta las ingles o los dedos de los pies. esperaba con los brazos cruzados, idéntico a un

de la época azul.

Cuando acabó de reconocer las hebras, algo como un suspiro le levantó el pecho y proyectó sus labios hacia afuera. Cautelosamente movió el brazo derecho, pero lo detuvo al oír un tintineo en los caireles de la araña. La mosca verde



El premio Casa de las Américas a su libro **Canto ceremonial para un oso hormiguero** (1968, con una edición argentina del Centro Editor) convirtió a Antonio Cisneros en uno de los principales protagonistas de la nueva poesía latinoamericana. Puede decirse, incluso, que es el más conocido de los actuales poetas peruanos. Nacido en 1942, publicó además **Destierro, David, Comentarios reales, Agua que no has de beber y Como higuera en un campo de golf**. Seleccionó y tradujo **Poesía inglesa contemporánea** (antología, 1975). Dueño de un humor sutil e irónico, que oscila entre la crítica intelectual del mundo cotidiano y lo fantástico, su poesía se caracteriza por la síntesis entre un refinado uso de los recursos narrativos y un escueto lirismo, impregnado de citas culturales.

disecado, 4 urnas, artefactos para 18 oficios, 6 vasijas en cristal de Bohemia y 8 juegos de té con escenas del amor pastoril (que los cambiaste por una secadora de pelo y otras cosas que nadie te había regalado).

Así, muchacha bella, cruzaste el alto umbral (bajo el puma de piedra, el halcón de piedra, la fogata que da luz a los dos lados del valle de Huamanga — banderas que a la larga también se hicieron mierda). Ahora ni me acuerdo de las cosas que hablabas — si es que hablabas, de las cosas que te hacían reír — si es que reías, y no puedo siquiera ni elogiar tu cocina. Fuiste un fuerte construido por el miedo (imagen medieval) que no supe trepar o que no pude. Ahora ni me acuerdo si es que fuiste un fuerte construido por el miedo (imagen medieval), ni si supe trepar ni si no pude.

Escribir este poema me concede derecho a la versión.

voló pesadamente, resbaló por entre las hebras, giró sobre el vientre de y estuvo a punto de posarse sobre el monte de , pero después subió hasta el cielorraso y se pegó a una de las molduras. y seguían su vuelo con una atención exasperada; no se miraron hasta tener la seguridad de que la mosca se había posado en el cielorraso con intenciones de quedarse ahí.

Apoyando una rodilla en el borde de la cama, agachó la cabeza y empezó a adelantar el cuerpo hacia , que lo miraba y no se movía. Apareció la otra rodilla en el borde de la cama, mientras el torso avanzaba horizontalmente y una de las manos buscaba el apoyo del colchón, exactamente entre las dos piernas de . Las hebras lo envolvían, pero sus movimientos eran tan precisos que no rozó ninguna cuando sacó una rodilla y la puso sobre el colchón, luego la otra junto con la otra mano, y quedó de hinojos y completamente curvado entre las piernas de , respirando pesadamente porque la maniobra había sido lenta y difícil, y le dolían las tibias que se apoyaban todavía en el borde de la cama.

Enderezando la cabeza, miró a . Los dos estaban sudando, pero mientras el sudor envolvía a en un fina malla de gotas transparentes, tenía empapada la cara y los hombros, pero secos el pecho y el vientre.

—Uno hace la seña pero el otro juega con las nubes —dijo

—Las nubes también son una respuesta —dijo

—Frase alquilada.

—A tu justa medida.

esperó.

—Por fin lo hiciste —dijo —.

Hace meses que me preparabas para esto. Primero con la manía de enseñarme a declamar porquerías, a bailar como las tibetanas, a comer como los esquimales, a hacer el amor como los perros. Después me obligaste a no cortarme las uñas, me echaste a la calle el día del granizo, me encerraste en una caja de madera con una lámpara de rayos infrarrojos, me regalaste un álbum de estampillas. Todo eso no era nada.

—Vos sabés cuánto te quiero —dijo en voz tan baja que abrió los ojos como sorprendida—. Mi amor está apretado en este puño, triturado y apelmazado hasta volverse una bola chirriante, una estrella portátil que puedo sacar del bolsillo y acercar a tu cuerpo para quemarlo, para tatuarlo. Cada vez que te hago la seña no me contestás, y la estrella me fríe las piernas, me corre por las costillas como una tormenta en el mar de los sargazos, esa inexistencia donde flota el kraken, donde las medusas se acoplan de a miles, girando lentamente por la noche, en un baño de fósforo y de plancton.

—¿Y yo tengo la culpa de todo eso?

—Vas a desplazar las hebras —dijo

—. Apenas movés la boca hay dos hebras que se desplazan.

—Bah, las hebras —dijo

—¿Cómo bah las hebras?

— Me ha llevado media hora de trabajo, estoy lleno de tierra y de pelusas. No barrés nunca debajo de la cama. Peor, barrés el cuarto y metés la basura debajo de la cama. Acabo de descubrirlo. Mi amor es también así, materias sueltas que se juntan y aglutinan y conglomeran y yuxtaponen. Además yo sudo, cosa que no le ocurre a la basura.

—Parece como si hubiera dormido cien años —dijo —. ¿Cuánto dormí, ?

—Cien años —dijo.

—Es mucho, cien años.

—Para el que se queda despierto.

—Vos te debés haber aburrido una locura.

—Exactamente —dijo —. Al dormirme te llevás el mundo, y yo me quedo despierto en una especie de nada con líneas de fuga. A la larga resulta aburrido.

—Por eso jugás así —dijo , mirando las hebras.

—Esto no es un juego. Estar desnudos frente a frente.

—Te lo juro —dijo —. Yo creo que no vi la seña.

—La viste perfectamente.

—Si la hubiera visto la habría contestado. Prefiero estar despierta con vos.

—Frases explicatorias nunca amantaron a las abejas —dijo .

—A lo mejor la vi y no la contesté, pero era por el calor y porque en el fondo yo hubiera tenido que lavar los platos antes de venir a acostarme.

—Primero los platos —dijo —. Un buen lema. Detrás de cuántas puñaladas hay esa razón que ningún juez aceptaría. Preferís pasar la lengua por los platos sucios antes que lamerme el pecho como un caracolito industrial. Dejando una huella en forma de cuatro o de ocho. Mejor de siete, número empapado de sacralidad. Pero no, primero lameremos los platos como decía la reina Victoria. Primero lameremos los platos.

—Pero es que están tan sucios, —dijo —. Hace quince días que no lavamos nada en la cocina. Ya te fijaste que hoy almorzamos con platos sucios, no se puede seguir así.

—Estás perturbando las hebras —dijo

—Y si ahora me hicieras la seña, si ahora mismo vos. . .

—Ahora no hace falta —dijo

—Tengo derecho a lo que me dé la gana. Al fin y al cabo no sos más



que una mosca.

Se oyó un silbido en forma de S. Entró por la ventana que daba a la calle.

—Es —dijo —. Me llama.

—Vestite un poco antes de asomarte —dijo —. Siempre te olvidás que estás desnudo.

—Es que siempre estoy desnudo. Sos vos la que te olvidás de esto.

—Está bien —dijo —. Pero por lo menos ponete el pantalón de pijama. ¿Y yo hasta cuándo tengo que quedarme así?

—No sé —dijo —. Primero hay que ver lo que quiere

—Alguna manga, seguro. Un cigarrillo o los fósforos esas cosas.

—Es un vicioso, realmente.

—Pero vos lo protegés.

—Si te vas a poner a proteger a la gente normal...

—Es cierto —dijo —. En el fondo es un buen muchacho. Oílo cómo silba. Es increíble la forma en que puede silbar. A mí se me haría pedazos la boca.

— es un alquimista —dijo

—Transforma el aire en una cinta de mercurio. Qué jodido, carajo.

—¿Por qué no te asomás a ver lo que quiere? Fijate que yo no estoy muy cómoda con estos hilos.

se quedó estudiando en silencio las palabras de

—Ya sé —dijo—. Lo que vos querés es que yo te suelte para irte a lavar los platos sucios.

—Te juro que no. Me quedo aquí con vos. Si me hacés la seña, te juro que...

—Putá, reputa, recontraputa —dijo

—Si te hago la seña, eh. Ahora vení a comprarme con la seña. ¿Qué me importa la seña, si te he poseído como me dio la gana mientras dormías? Ahora mismo no tengo más que resbalar veinte centímetros, abriéndome paso como una gaviota entre este maravilloso cordaje negro, esta arboladura de galeón empavesado, y penetrarte de un sólo golpe para que grites, porque siempre gritás si te tomo de sorpresa. Y lo estás deseando, hace cinco minutos que te huelo y sé que lo estás deseando, podría entrar en vos como una mano en un guante usado, tenés el perfecto grado de humedad que aconsejan los especialistas en cuestiones copulares, especie de holoturía caliente.

—¿Realmente lo hiciste mientras yo dormía? —dijo

—Lo hice de la manera más perfecta, pero eso no lo comprenderás nunca —dijo mirando las hebras con un orgullo profundo —. Más allá de la seña, más

allá de tu sucia cocina, y sobre todo más allá de tu bajo deseo. Quedate quieta, estás alterando las hebras.

—Por favor —dijo —. Andá a ver qué quiere , y después cerrarás las persianas y venís conmigo. Te juro que no me voy a mover, pero apurate.

volvió a estudiar en silencio las palabras de

—A lo mejor sí —dijo—. Vos no te muevas ¿Querés que te seque un poco con una toalla? Estás sudando como una marmota.

—Las marmotas no sudan —dijo

—Sudan muchísimo —dijo

Siempre hablaban de marmotas en el momento en que se reconciliaban.

—Ahora la cuestión es saber cómo voy a salir de aquí —dijo —. Hay tantas hebras que puedo tropezar con una, y cuando se retrocede no se tiene la misma clarividencia que cuando se avanza. Es increíble cómo el hombre ha nacido para la frontalidad. De espaldas no somos nada, che. Cómo la marcha atrás en auto, el más pintado se traga un buzón en la primera de cambio. Vos guiame. Primero saco esta pierna y pongo la rodilla en el borde de la cama.

—Un poco más a la derecha —dijo

—Me parece que toco una hebra con el pie —dijo, mirando atrás y corrigiendo su movimiento.

—Apenas la rozaste. Ahora poné la otra rodilla, pero despacio. Estás hermoso, tan sudado. Y la luz de la ventana te hace como un baño verde. Parecés podrido, te juro. Nunca te vi tan lindo.

—Dejate de elogios y guiame —dijo furioso—. ¿Te parece que pongo el pie en el suelo, o mejor voy resbalando? Lo maló es que me voy a despellear las canillas, esta cama tiene un filo terrible.

—Poné primero el pie derecho —dijo

—Lo malo es que no alcanzo a ver el piso, cómo querés que te guíe si tengo que quedarme quieta.

—Ya está —dijo —. Ahora me voy agachando despacio y retrocedo centímetro a centímetro, como en las novelas de

—No nombres a ese pájaro maléfico —dijo

Reptando cual el caimán de las marismas, pasó poco a poco bajo las hebras que iban hasta el marco de la ventana. No volvió a mirar a , absorto en el estudio de la cornucopia de la cómoda y el problema de sortear las hebras que iban de la cornucopia a un dedo del pie y al pelo y las cejas de

Así pasó bajo la mayoría de las hebras, pero la última la salvó de un salto. Recién entonces, con la mano en el pestillo de la puerta, miró a que parecía dormida. Se daba cuenta de que en vez de haber ido a la ventana estaba al lado de la puerta, y que desde ahí era fácil llegar a la cabecera de la cama sin perturbar las hebras. Acercándose en puntas de pie, empezó a soplarle el pelo. Las hebras se agitaron, y se oyó el entrecocar de los caireles de la araña.

—Vení —dijo en voz muy baja.

—Oh no —dijo , alejándose—. Yo te hice la seña y vos no me contestaste.

—Vení, vení en seguida.

miró hacia la puerta, respiraba penosamente, como si las hebras negras le estuvieran succionando la sangre. Se oyó todavía la nota cristalina de un cairel, y después el silencio de la siesta. Desde la casa de enfrente vino un silbido terrible, y desde abajo le contestaron con algo muy parecido a una ventosidad rectal.

—Le han rajado un pedo espléndido —dijo —. En realidad se lo merece.

—Por favor vení —pidió—. Me hace mal estar así esperándote, siento que me voy a morir, ¿esta noche quién te hace el asado?

abrió los brazos, tomó impulso y saltó sobre la cama, barriendo las hebras con aletazo fabuloso. El estrépido de los caireles coincidió con el golpe de sus pies al tocar el suelo del otro lado de la cama y con el alarido de que se apretaba el vientre con las dos manos. gritaba todavía de dolor cuando le cayó encima apretándola, hundiéndola, mordiéndola y éndola. "Me duele muchísimo el ombligo", alcanzó a decir , pero no la oía, completamente del otro lado de las palabras. El aire olía cada vez más a Secotine, y la mosca verde planeaba en torno a la sacudida araña. Pedazos de hebras negras se retorcián como patas por todas partes, caían por los bordes de la cama, se entrecruzaban y rompían con menudos chasquidos.

tenía hebras en la boca, debajo de la nariz, otra se le enroscaba en el cuello, y movía casi inconscientemente las manos, mezclando caricias con manotazos para desprender las hebras que le salían por todos lados. Y todo eso duraba interminablemente, y la cornucopia estaba en el suelo rota en tres pedazos, uno más grande y dos casi iguales, como manda la divina proporción.





## I CONCURSO LATINOAMERICANO DE CUENTOS "EL ORNITORRINCO"

El 12 de marzo a las 21.30, en la Sala Dos del Teatro Ift, Boulogne sur Mer 549, 1º piso, se llevará a cabo la entrega de premios de nuestro Primer Concurso. Estarán presentes los jurados: Beatriz Guido, Isidoro Blaisten, Luis Gregorich y Fernando Alonso. Varios de los cuentos mencionados serán leídos por actores.

A continuación damos la nómina completa de menciones y recomendaciones:

### Primera mención

**Sol de 400 años**, de Mabel Pagano. **En la cornisa**, de Hebe Serebrisky. **Fiesta**, de Antonio Brailovsky.

### Segunda mención

**Las cuatro ruedas del apocalipsis**, de Gabriel Valansi. **El pájaro del sur**, de Enrique D. Zattara. **Dorotea andaba siempre desnuda**, de Ricardo Titto Casabal. **El loquito Luis**, de Roberto F. Holstein.

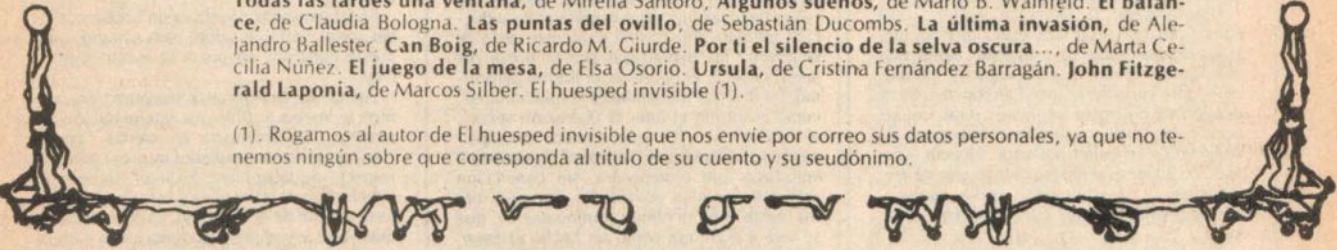
### Tercera mención

**La fuente de los bailarines muertos**, de Mario Stilman. **La corona**, de Silvia Schujer. **El desconocido de nosotros**, de Mario Delgado Aparain. **El sombrero**, de Marta Esviza.

### Recomendaciones

**Todas las tardes una ventana**, de Mirella Santoro. **Algunos sueños**, de Mario B. Wainfeld. **El balance**, de Claudia Bologna. **Las puntas del ovillo**, de Sebastián Ducombs. **La última invasión**, de Alejandro Ballester. **Can Boig**, de Ricardo M. Giurde. **Por ti el silencio de la selva oscura...**, de Marta Cecilia Núñez. **El juego de la mesa**, de Elsa Osorio. **Ursula**, de Cristina Fernández Barragán. **John Fitzgerald Laponia**, de Marcos Silber. **El huésped invisible** (1).

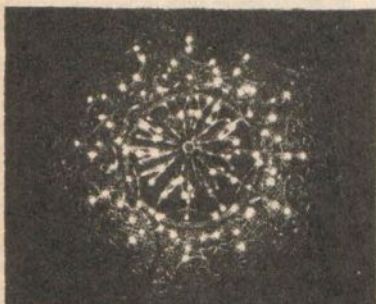
(1). Rogamos al autor de *El huésped invisible* que nos envíe por correo sus datos personales, ya que no tenemos ningún sobre que corresponda al título de su cuento y su seudónimo.



guillermo  
martínez yantorno

---

dos poemas



Nació en 1939. Publicó *Cuentos del amigo Leo* (relatos, 1964), *Ciudad por todos lados* (poemas, 1973), *Estación lluviosa en Hangaroa* (poemas, 1975), *Trenes a lo lejos* (poemas, 1978), y *Tu andino despertar* (poemas, 1979).

Junto con otros poetas, participó en el libro *Los que siguen* (1972). Publicó poemas en diversas revistas de Argentina, Ecuador, Venezuela, México y Brasil. Estos poemas pertenecen a una serie inédita dedicada a la isla de Pascua.

### LUZ DE BARCO

Una música que la repetición hizo igual al silencio. En la ciudad ceremonial fue una evidencia decir: Lo que no es hoy me sobra.

Islotes que regalaban pájaros a las otras islas y quedaban como templos vacíos. Ciudad en la que todas las antorchas, empujaban la noche hacia las aguas.

Luz de barco a lo lejos: enigma que hacía señas.

### RESURRECCION EN PASCUA

Isla para contemplar unas rutinas y esperar que el alba restituya un antiguo reinado.

Isla donde antiguos dioses sugieren que su miseria es elegida.

Isla para decir: La luz ya no está afuera; me quemará los ojos si los cierro.



## bibliográficas



### FLORES ROBADAS EN LOS JARDINES DE QUILMES, de Jorge Asís. Edif. Losada.

La impresión crítica más inmediata que podemos tener sobre esta novela es semejante al intento de aprisionar una gota de mercurio bajo el dedo. Esta impresión no se desprende de su estructura formal ni de su técnica, sino de su actitud narrativa y de su contenido.

Novela sobre la situación actual y sus causas cercanas, es una de esas alquimias literarias donde lo que un rato antes había sido perplejidad, ahora es entusiasmo y admiración, para convertirse luego en indignación y ocasión de polémica intrincada. Esas son las principales fluctuaciones en el transcurso de su lectura y reflexión posterior. Novela, además, de lucidez, al mismo tiempo que de ambigüedad y desconcierto. Brilla, golpea, corroe, marca, a la vez que se diluye y se escapa.

Bajo este marco variable se puede intentar, en primer término, su imagen de elocuencia básica y la vertiente de interpretación positiva que sin duda le cabe: su voluntad testimonial, su capacidad de análisis en cuanto al comportamiento de un sector social.

Nuestros últimos diez años en Buenos Aires son los que caen bajo la picota satírica y escéptica de Asís. La sustancia de lo que se narra, paralela a su estructura formal, se divide en dos tiempos intercalándose en sucesión: la situación actual por un lado, y por el otro, el recorrido de las distintas alternativas que han desembocado en este presente. Según la novela la figura de nuestra situación actual es la siguiente: un coágulo informe donde todo lo que fuera fantaseado juvenilmente en los comienzos de la década se encuentra con su hora de la verdad: un muro ciego, definitorio, donde la **penicilina militar** ha penetrado todos los seres y los ha puesto frente a un desierto de incertidumbre, de partidas, exilios, autoexilios. Es sobre todo **una media edad prematuramente declinante** la que reporta las llagas, la que baraja un juego residual de escepticismo exacerbado, la que tiñe la atmósfera de **quejas al modo de viejas tías solteras o jubilados precoces** y donde la **confección del balance es penosamente desfavorable**.

En esos términos el comienzo del libro perfila su testimonio. Testimonio hecho desde un personaje decididamente ubicado en el fondo del tarro y desde el cual, si por un lado se insinúa tangencialmente la pata que lo ha empujado hasta allí, por el otro se escurriña con mucha mayor precisión el fracaso de las opciones previas y la precariedad de las víctimas. Asimismo el tono se vuelve irritativo y comprometedor a causa de la excesiva cercanía de los años relatados. Lo que fuera en

"Los Reventados" claridad, valentía y sobre todo ingeniosidad para dar fe de momentos "gruesos" de nuestra historia reciente, se reedita aquí de un modo muy diferente, a la manera de una estación terminal, un límite erosionado, complejo y sumergido en la ambigüedad de una crisis no resuelta. El texto continúa definiendo el núcleo de la caída: **nos han vendido buzones y los hemos vendido, nos han dado chiches para entretenernos** y los hemos fabricado con pretensión de ideales, con pretensión diferenciadora, supradadora o heroica, **hasta que los buzones se han acabado y los chiches también** para desembocar en una chatura superviviente con el escaso rebusque de una vitalidad vampirista y egocéntrica. La ilusión, la promesa, se han desplazado hasta el límite del extrañamiento: emigrar, decir adiós, llenar las valijas con fracasos, renunciar a la Argentina.

Alternándose con esta imagen del hoy, se reconstruye la figura del inmediato pasado que le dio origen y que se estructura en tres personajes básicos: Rodolfo, Samantha, Angélica. Es sobre todo a través de éstos que se desencadena el alud desacralizador donde muchos de aquellos que en algún momento se creyeron pioneros o vanguardia de una "nueva forma de vida" contra el aburguesamiento, el mercantilismo, la mediocridad, la chatura barrial; los que se concibieron paladines contra la injusticia social, el sistema castrador, etc., se han convertido, muy a su pesar, en persecutores de continuas "sanatas", puros fantasmas errantes por el "corso" de Corrientes, o en devoradores de esquemas, **pautas y parámetros** intelectuales, de los cuales se desprenden como de ropa vieja apenas la cosa deja de llenarles lo más superficial de su buche mental o de servirles como trampolín para sus ritmos vaginales o fálicos. No serían tanto las supuestas candelitas de seducción (primera imprecisión o malentendido de la novela) las depredadas por la ironía del autor: el pecé, el peccerre, el mismo peronismo, las diversas modalidades revolucionarias, como asimismo el arte, la liberación sexual, el folklore, etc. Lo que aparece principalmente vulnerado es el "montón", la medianía entusiasta que protagoniza, sin convicción profunda, aquellas actividades. Son peluceros, gente que "se filma" continuamente, que se vive a sí misma como un hecho estético, que confunde la realidad con el celuloide y que, cuando la realidad decide incinerar todas las películas, se quede sola en la butaca y a oscuras.

Bajo esta vertiente de interpretación estaríamos frente a un admirable análisis del lado improvisado, egolátrico, narcisista, inauténtico y fantasioso de una gran parte de nuestra juventud o, por lo menos, de aquella perteneciente a lo que en sociología liberal se llama clase media y en sociología marxista, pequeña burguesía. Desde este punto de vista, en el itinerario de Samantha y en ciertos episodios de Rodolfo hay momentos que, aparte de merecer un lugar en la galería óptima de la novelística nacional, son de una altísima lucidez, aguafuertes que reportan un verdadero tratado de la mentira interior, e implican un conocimiento exhaustivo de cierta mecánica psicológica y ética, de secretas motivaciones y aparentes elecciones, características de las capas intermedias culturalizadas. Ejemplos de esos mecanismos: el izquierdismo a la violeta; el revolucionarismo puramente teórico y nunca efectivamente practicado (la hija de la Guerrico): el activismo re-

volucionario sostenido por "clishes" intelectuales y nunca contrapunteado con los datos de la realidad social con el fin de su viabilidad (Samantha, Angélica); la militancia como moda, como "status", como máscara para fines individualistas (Samantha); la constanciación literaria o enunciativa con la causa obrera como artilugio descompesor de la conciencia, mientras la vida personal dibuja una realidad oligarca (la Guerrico); el "entrismo" al peronismo bajo la pose románticoide de volver a las fuentes populares mientras la estructura interior mediopelista permanece inmóvil (Samantha); el autacamelo de llenarse la boca con la palabra pueblo y al encarar su contacto directo tener un reflejo de repugnancia, de origen estético o táctil (Samantha); el esquematismo feroz de encajarle al "sistema" la culpa de cualquier dolor de barriga. En



otro orden de cosas: el amor a lo telúrico por el simple trámite de un ponchito; el misticismo repentista como "sanata" de entretenimiento circunstancial; la vorágine de "teoretismo" sexual; el orientalismo en pastillas, etc., etc.

En tal sentido la novela es un hachazo a ras del suelo: basta un saltito para evitarlo, pero puede cortarnos un pie a la menor distracción.

Así como es lícita esta interpretación también se vuelve posible una interpretación adyacente, fundamentada en ciertas "ausencias" de Asís y de resultados muy encontrados respecto de la primera. El autor no delimita mayormente la parte mala y blanda de la parte sana y firme de la manzana. Dado el tema de quemante actualidad, eso lleva a una paradoja peligrosa. Aparentemente casi no existirían aspectos salvables ni en los protagonistas de todo el proceso ni tampoco (según se infiere) en lo que podrían llamarse "instituciones "u" ocasiones". Según el libro, y ya concentrándonos decididamente en el lado sombrío de la ambigüedad autoral, aquellas habrían sido circunstancias donde lo único cierto era que el tiempo pasaba, la juventud se iba, la década se acercaba a su final deshecho. Bajo este punto de vista habríamos estado perdiendo el tiempo y estaríamos contemplando, lisa y llanamente, nuestra muerte civil. Todas las alternativas y en todos sus grados de valor habrían sido puros chiches de entretenimiento. Prácticamente todos los protagonistas y en todos sus grados de compromiso habríamos sido simples diletantes de la "salvación" o simples incautos detrás de un cebo armado por manos siniestras. Podría suponerse como posible, que la enorme decepción sufrida sea la agónica justificación como para no diferenciar ni rescatar procesos valiosos. Pero un derrotismo así es decididamente reaccionario. Implica una autocompasión fatalista e incluso una reverencia hipertrofiada hacia la inmutabilidad de esa famosa y ominosa "realidad". Implica enfangarse en la abulia, huir, resignarse a la imposibilidad de todo avance social, desconfiar y descreer de todo, de todos, y de uno mismo. Implica, sobre todo, (dado que no hay otra cosa más destructiva que la ironía) **anular la historia** y perderla definitivamente. Esto último puede ser probable a nivel individual, como dinámica declinante que culmina en el suicidio. Pero es imposible a nivel de pueblo o a nivel de sector social, que siempre preservan secretamente su experiencia para resurgir en algún momento capitalizando sus errores. Así las cosas el autor "ha tirado al chico junto con el agua sucia", permi-





tiendo la aparición de malentendidos e interrogantes graves: bajo esta óptica derrota el libro se vuelve, en parte, una suerte de fenomenología unilateral de nuestra estupidez, la cual podría ser fácilmente reinvertida por manos interesadas y a favor de los mismos poderes que han incinerado todas las supuestas películas. De este modo, el lúcido análisis mencionado anteriormente, por haber sido llevado a un absolutismo que el autor no quiere o no puede contrastar, ofrece un flanco dudoso. Flanco que, si no tuvieramos en cuenta anteriores líneas testimoniales de Asís (por ej. Los Reventados) podría ser tomado como único.

Bajo esta segunda óptica hay cosas que en la novela no se justifican. Por ejemplo no explica cómo el único personaje mencionado como "alguien en serio", el activista Esteban, quien además termina con catorce balazos en la cabeza, sea calificado de boludo e inseguro en otro momento del libro. Estamos acostumbrados a que, sea del bando que sea, toda víctima de nuestro desgarrado pasado reciente, debido justamente a las polaridades políticas, sea, incluso, insultado. Lo que es novedoso es que sea ridiculizado, matiz que nuestra novela parece inaugurar. Cosas así ponen en la cuerda floja anteriores lucideces y nos hacen pensar que lo que creíamos un mamporro justo que buscaba desbaratar las máscaras era, tal vez, un puntazo dirigido a los ojos del hombre.

La misma vacilación padecen ciertos juicios sobre la actitud militante. Mencionada por momentos como "cuestión seria y dolorosa" se la alude como "pajerías" un poco más allá. Es cierto que Samantha, para el caso, puede estar refiriéndose a su propia experiencia inauténtica. Pero otras adjetivaciones de Rodolfo ("sabias palabras", "ya nos jodió bastante") torna vidriosa la cuestión. Militancia, en la Argentina, fue un bulto muy grande y variado. No es, ni ha sido, exclusividad de minorías. En todo caso es una simpleza llamar "riesgo rigurosamente al pedo" lo que es para todos los pueblos el precio de su politización continua. Es, además, una decidida soberbia de clase o sector, sentirse el centro de la decepción. Ante la supuesta imposibilidad de



que en la novela se haga un análisis a fondo de ciertos hechos sociales, todo calificativo descolgado favorece la incertidumbre. ¿A quién quiere desconcertar Asís con esas ambigüedades? No ocurría eso en "Los Reventados", donde lo dicho y lo aludido estaba bien clarito y los tipos humanos bien diferenciados.

Otro pasaje de rosca es la escena de Borges. Es una parte muy bien contada y además valiosa, en tanto pretenda ridiculizar el culturalismo relamido que a veces rodea a Borges. Pero resulta demasiado evidente una mecánica que fuera típica en las costumbres de juglaría, donde el juglar en ciernes devenía "notorio" por tirarle las barbas al "notable". Y lo que es peor: el hecho de ridiculizar el sexo de un hombre (hay tres palabras clave al respecto) significa, por lo menos en nuestra mentalidad latina, desvirtuar el resto de su vida y, para el caso, toda su literatura. No hacía falta.

Ahora bien ¿Cuáles son los factores que fomentan la inseguridad del sentido propuesto, que ayudan a la desorientación y la ambigüedad? Hay una pregunta que nos planteamos durante toda la lectura y es: ¿quién me está hablando y desde qué centro? Tal vez si la novela tuviera otros contenidos esa duda se volvería la fascinación principal del libro. Pe-



ro dado el tema actualísimo, dada una visión que alguien expresa sobre una década que todos hemos vivido en Buenos Aires, la pregunta se hace crítica y concreta; y más cuando lo que se toca es de índole política o ideológica, o cuando se nombra a personas de nuestra realidad cultural.

En tal sentido lo que hemos encontrado es la persistencia, en el libro, de dos elementos: primero, una dispersión en cuanto al punto de referencia existencial desde el cual se narra; segundo, lo que podría denominarse desesperación por la sinceridad y que conduce, a veces, a una verdadera fuga de la verdad. En cuanto a lo primero vemos que Rodolfo (narrador y personaje principal) en lo que hace, sobre todo, al relato del transcurso de la década, mantiene una idiosincrasia más o menos uniforme: vividor, coimero, oportunista, verseador, ventajero, machista y chanta por excelencia. En tal sentido el autor ha sabido crear una suerte de desparramo exhibicionista, una gran movilidad histriónica, donde el arte de la simpatía y el rebusque a toda costa, aparece como la llave de la salvación, es decir, "mostrarse" siempre y de un modo como para caer parado igual que los gatos, sin grandeza por supuesto, pero con eficiencia seductora. Es una pintura exhaustiva del piola, del chanta: un intermedio escurridizo entre el criminal y el seductor, un pecador que desarma al castigo, el arte de la fechoría en broma y, sobre todo, una buenísima llave para la supervivencia. Si la década, su gente, sus alternativas, hubiesen sido ametralladas desde esa idiosincrasia exclusiva, el planteo aceptable o no, hubiera tenido otra coherencia sin fisuras. Sin embargo al personaje Rodolfo se le mezcla (con mayor fuerza en el relato del presente de la década) el autor Jorge Asís. Es el intelectual, el escritor real, un testi-

## CURSOS DE VERANO DEL



**Técnica de la narrativa: a cargo de Abelardo Castillo.**

**Crítica literaria: a cargo de Liliana Heker.**

**Introducción a la lingüística: a cargo de Sylvia Iparraguirre.**

**Inscripción: Para Técnica de la narrativa y Lingüística, llamar a 88-4797. Para Crítica literaria, llamar al 83-9473. Dirigirse por carta a nuestra Casilla de Correo.**

go de carne y hueso, el que juega a las escondidas con su propio personaje. A las características anteriores se le mezclan la de real, la de creador, de reventado, decepcionado, destrozado, de juez ocasional y hombre "legal". Son demasiados seres en el mismo tarro y que no se resuelven, tal como ocurre, autodenominando a la novela como "real". Por el contrario, perjudican su verosimilitud. Una cosa u otra, o una cosa y otra hubiesen deslindado perfectamente responsabilidades.



En cambio, las dos al mismo tiempo, por más que hayan tenido una intención de franqueza, enturbian el valor del discurso. La novela no es una autobiografía, no es un artículo firmado, no es un ensayo, no es del todo una ficción y es un poco de todo eso al mismo tiempo. Un juego donde no hay reglas de juego. Un problema de actitud literaria.

Pero la complejidad del narrador no concluye aquí. En varios momentos de su transcurso, la novela se autodenomina una farsa. Más aún, a veces se tiene la impresión de una farsa sin bordes, una avalancha satírica que no deja sin su cuota de ridículo ni al último granito de tierra. Por simple exceso se tiene la impresión, en ocasiones, de un machaqueo enfermizo, una suerte de cinismo decadentista que, por la obsesión de no hacerse ilusiones o de quemarlas todas, "sabe el precio de todo y nunca el valor de nada". Podría decirse, sin embargo, que por más mezcla que sea Rodolfo-Jorge Asís tendríamos un punto de vista uniforme en la sobreactuación, pero lícita, actitud del farsante Arlequín. Arlequín legalizara literariamente la infinita serie de piruetas que se presencian en el texto. Pero el problema "grueso" lo tenemos en una de las piruetas. Muy a boca de jarro, como una isla inexplicable dentro de un mundo arrasado por la ironía y cuando todo lo demás está en liquidación, Rodolfo-Asís, aparte de la ya mencionada entrega sin condiciones a la literatura, ama a una mujer (cosa insólita en una vorágine sexual muy de existencialismo a lo Henry Miller pero sin su extrapolación metafísica, ni su asombro, ni su piedad); es, además, "uno no tan mal padre de dos hijos" (cosa insólita en un mundo donde los niños son llamados "matambritos" en la villa miseria y "eyacuaciones descuidadas" en las capas medias). Rodolfo-Asís, dentro de la fanfarria sacrilega por el mismo descripta, ha logrado decantar su santuario personal, con el cual se atreve a subsistir en el aire amortajado. Lo que insiste en ser una suerte de tábano burlador sobre Atenas indefensa, paga sus impuestos como cualquier pequeñoburgués. Haciendo a un lado el guiño burocrático de los impuestos, la pregunta es: ¿por qué razón literaria Arlequín suspende la burla frente a esas cosas personales de Rodolfo? Dicho de otro modo: ¿cuál es el proceso narrativo que puede hacer creíbles esos valores y esa fe o, por lo menos, esa "legalidad"? En una novela, los puntos de llegada de los cuales no se narra un proceso suficiente no son justificables y, por lo tanto, advenedizos. La minuciosa artesanía que hace verosímil el itinerario de Samantha se reduce a un mínimo de "noticia" cuando se trata de hacer creíble cómo el demonio burlador y vampirista de Rodolfo se convierte también en un hombre "correcto". Conclusión para esta pirueta: por verismo mal entendido, por facilonería casual, por confesionalismo desordenado, a Arlequín tampoco se le puede creer del todo.

Estos antecedentes sirven de lateralidades



para encarar la actitud central del libro y que ya habíamos mencionado como fuga "continua" de la verdad interior o, lo que es equivalente, una gran radiografía del escepticismo porteño ("que nunca habla en serio pero tampoco nunca habla en broma" y que nunca puede soportar ser sospechoso de ingenuidad). Una primera clave es cuando en medio de la asfixia de la situación actual el personaje dice: el mundo es un gran "verso" y el verso mas eficiente de todos es **cuando se versea con la verdad**. Por un lado es una conclusión aplastante si se la piensa como típica de la atmósfera de posguerra que vivimos, y desnuda nuestra condición hasta la obscenidad. La verdad se usa como cualquier otro adminículo, lo genuino también se vende. Lo abismal del caso es que, por las características del personaje, dicha conclusión se reinvierte sobre la misma novela y compromete toda su lectura. Es como si nos dijera "tomen todo esto como quieran porque también puede ser un verso". Lo que queda por nuestra cuenta es descubrir si eso es franqueza llevada a lo imposible, si es extremo del exhibicionismo o si es el extremo de la impotencia frente a la marea del "yo". Otros elementos nos meten más adentro en esta persecución: observamos que Rodolfo pone en jaque la verdad vital de Rodolfo; y aquí aparece el reaseguro máximo: Marinelli. Marinelli, idea estúpida, pone en jaque al mismo turco Asís. Es una especie de superyo que censura y vigila todo desliz "verseador" del autor en su "acto" literario. En esta jerárquica desesperación por la sinceridad en contra del "verso" vital y literario, todos los actos son pasibles de ser una parodia, una ocasión de filmarse; todos los sentimientos son sospechosos de autofabricación: serían un "darse manija", un "darse máquina". No existe punto firme ni totalmente veraz, la dispersión espectral no se detiene nunca. Ese infinito escurri-

miento del "yo central" es una de las vertientes brillantes del libro, una temática válida, vigente y profunda que acuña hallazgos tales como el pasaje en que Asís-Rodolfo presenta Sumantha a Marinelli: un juego estúpido entre los especulares yo — alter-ego — subyo — superyo, metidos a dialogar. Todo esto hubiese sido un magnífico trampolín estético en otro tipo de temática. Pero es una fantasmagoría un tanto inadecuada para juzgar el comportamiento de una década tan dramática. Tal vez el planteo hubiese sido enteramente válido si a aquella multiplicidad del "yo" se le hubiera ensablado una multiplicidad de lo



"otro", y no como ocurre, haber reducido lo "otro" a su casi exclusivo aspecto ridículo. Es cierto que, especialmente hacia el final nos encontramos con un no muy intenso rescate compensatorio de Samantha, pero no ocurre así con lo que es más decisivo: todas las instancias quemadas durante el tránsito. La prueba neta de que Asís ha vacilado y hasta ha hecho un amago de novela social la tenemos en el principio de la secuencia de la balanza, donde el estilo se vuelve una isla extraña respecto de todo el resto.

Queda claro que este libro, sin duda valioso y con una elaboración estética que supera en varios cuerpos a anteriores trabajos de Asís es, sobre todo, polémico. Esta misma crítica es una prueba de haber sufrido el em-

puje de esa inmediatez polémica, postergando un merecido y más completo análisis formal. Quienes rechacen el libro les cabe la posibilidad de encontrarse haciéndolo desde veredas sumamente opuestas entre sí. Quienes lo aprueben, también. Por otra parte, si en su lectura se tiene la sensación global de que "aquí falta algo", es bueno tener en cuenta de que es la primera parte de una prometida trilogía, sobre cuyo faltante, pesa una contradictoria y compleja expectativa.

Ahora bien, si por encima de esplendores, lucideces y aciertos, por encima de errores y ambigüedades, tomamos al libro como síntoma actual de lo nuestro, como testimonio específicamente urbano, estaremos frente al espectáculo doloroso de una media edad triturada que sólo puede soportar su decepción recurriendo a un tozudo, impertinente, y a la vez crucificado disfraz arlequinesco. Cosas muy feas deben de haber pasado y estar pasando en la Argentina como para que nuestra generación intermedia superviva en el triste entretenimiento de despulgarse sus caídas o plantearse su éxodo. Y es pensando en eso que la novela se consolida como algo drásticamente serio. No es humano que nadie se atreva a plantearse una ilusión sin ponerse colorado. No es humano este terror a la ingenuidad, la esperanza y la confianza. Esta actitud de vértigo burlador y agresivo es (como dice el libro) el **reverso de haber sido agredidos y burlados**. Es un síntoma aplastante que ningún eventual futuro redentor podrá dejar de asumir. Si el libro no tiene propuestas es por agotamiento o porque le da vergüenza tenerlas. Tal vez las únicas que posea se infieren por mecánica de rebote, como si la novela fuera un espejo al que hay que romper para saltar a una definitiva seriedad y preservar a toda costa la autenticidad de los actos.

Como novela de la impotencia, tal vez ocurra que la piedad que no le pudimos encontrar haya estado clamando secretamente en cada palabra.

Rodolfo Grandi

## Un verano con la mejor literatura

### Manuel Mujica Lainez - Aldous Huxley - David Morrell

### Julio Cortázar - J. Hadley Chase - Erica Jong.

Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, compiladores

LA ARGENTINA - DEL 80 AL CENTENARIO

Una obra fundamental para entender a nuestro país: la época apasionante en que se consolidan las instituciones políticas y se definen los rasgos de la sociedad argentina, estudiada por conocidos especialistas en sus aspectos político, socio-económico y cultural.

Colección Historia y Sociedad 928 págs. \$ 100.000.-

Manuel Mujica Lainez OBRAS COMPLETAS, III

En este nuevo tomo, hermosamente encuadernado, de las obras completas del gran escritor argentino, se reúnen los inolvidables relatos de Aquí vivieron y Misteriosa Buenos Aires, además de algunos poemas de airoso lirismo compuestos entre 1940 y 1968.

664 págs. \$ 75.000.-

Aldous Huxley MAS ALLA DEL GOLFO DE MEXICO

Un viaje al Caribe, Guatemala y el sur de México: Aldous Huxley abarca la poesía, la música, la antropología, la historia, en descripciones inolvidables y en análisis que van desde el problema de la guerra hasta las relaciones entre el llamado primitivismo y la civilización.

256 págs. \$ 25.000.-

David Morrell EL TOTEM

Una magistral novela de suspenso, vertiginosa escalada hacia una serie de hechos de terror visceral: ámbito de horror en que la culpa y el castigo por pasadas violencias subyacen en cada uno de los sucesos de pesadilla.

232 págs. \$ 23.000.-

LOS DOS PRIMEROS PREMIOS EN NOVELA Y POESIA DEL CONCURSO "COCA-COLA EN LAS ARTES Y LAS CIENCIAS"

Antonio Elio Brailovsky IDENTIDAD

Un joven narrador que asombrará al público con esta novela fascinante por la grandiosidad de su proyecto; el origen y el destino de un pueblo a través de tramas circulares en que los hombres reiteran la historia sin conocerla: crónica y también parábola de la opresión, la violencia, la soledad del poder.

Colección "El Espejo" 260 págs. \$ 20.000.-

Ricardo Ezequiel Gandolfo DIARIO DE BABEL

Una poesía de amplias referencias culturales que entrecruza admirablemente las perspectivas del lirismo, la ironía, los aspectos dramáticos de la aventura humana, el discurso anímico surgido del inconsciente.

Colección Poesía 120 págs. \$ 25.000.-

REIMPRESIONES  
Robert A. Potash EL EJERCITO Y LA POLITICA EN LA ARGENTINA (1928-1945, de Yrigoyen a Perón)  
JULIO CORTAZAR - Los Reyes • MANUEL MUJICA LAINEZ - La Casa •  
JAMES HADLEY CHASE - El secuestro de la Srta. Blandish •  
ERICA JONG - Miedo de Volar • DAVID SELTZER - Engendro

**EDITORIAL SUDAMERICANA**





**EN LAS ARTES Y LAS CIENCIAS**

Este proyecto fue anunciado como un acontecimiento cultural sin precedentes, como una nueva forma de integración de una empresa a su comunidad. COCA-COLA EN LAS ARTES Y LAS CIENCIAS ya tiene su historia. Afirmados en ella, instalados en un presente pleno de desafíos, diez nuevos concursos se proyectan hacia el futuro. Una convocatoria a las jóvenes generaciones argentinas. La incesante vitalidad de la cultura argentina ha encontrado un nuevo canal de expresión. Ayer, sin precedentes; hoy, ya tiene su historia.

*1980/1981*

Abierto a todos los creadores argentinos, nativos o por opción, y extranjeros con no menos de cinco (5) años de residencia en el país. La edad máxima de los concursantes deberá ser de cuarenta (40) años, pudiendo cumplirse los mismos hasta el 31 de Diciembre de 1981. Coca-Cola llama a concurso en las siguientes disciplinas:

*Artes:*

*Pintura · Dibujo · Grabado · Escultura · Fotografía*

*Ciencias:*

*Matemática · Ciencias Económicas · Filosofía · Química · Historia*

*Jurado Artes*

*Pintura · Dibujo  
Grabado · Escultura*

RAUL SOLDI · ANTONIO PUJIA · ARY BRIZZI  
ROMUALDO BRUGHETTI · AMAYA HERNANDEZ DE ROSSELOT

*Fotografía*

SARA FACIO · FELICIANO JEANMART · ALFREDO W. BRACHETTI

*Jurado Ciencias*

*Matemática*

GREGORIO KLIMOVSKY  
LUIS SANTALO  
CESAR A. TREJO

*Filosofía*

EUGENIO PUCCIARELLI  
EDUARDO A. RABOSI  
EZEQUIEL DE OLASO

*Química*

VENANCIO DEULOFEU  
ANDRES STOPPANI

*Ciencias Económicas*

EDUARDO ZALDUENDO  
HECTOR DIEGUEZ  
MARIO BRODERSONH

*Historia*

ENRIQUE BARBA  
A. J. PEREZ AMUCHASTEGUI  
ROBERTO CORTES CONDE

*Bases y condiciones*

Los pliegos de "Bases y Condiciones", conteniendo toda la información sobre premios y jurados, podrán ser requeridos personalmente o por correo a: Sarmiento 1469, 7º Piso (1042) de lunes a viernes de 12 a 18 hs.

**CIERRE DE LA RECEPCION DE OBRAS**  
19 de Diciembre de 1980 a las 18 hs.

**ENTREGA DE PREMIOS**  
25 de Junio de 1981



Este proyecto cuenta con el auspicio de la Secretaría de Estado de Cultura del Ministerio de Cultura y Educación mediante Resolución S.E.C. Nº 482 del 10 de Julio de 1980



ASOCIACION DE FABRICANTES  
ARGENTINOS DE COCA-COLA

**Coca-Cola le da más vida a...  
...la Cultura.**



*The Coca-Cola Export Corporation*  
*Sucursal Argentina*

Coca-Cola es marca registrada de The Coca-Cola Co.





**Farmer, Philip José: RELACIONES EXTRAÑAS**

Traducción de Matilde Horne

El más famoso libro de relatos de Farmer, el que incluye sus relatos más polémicos: "Madre" y "Hermano de mi hermana" (originariamente, "Open to me my Sister"). Junto a su novela **Los amantes** constituyen las historias que cambiaron la faz puritana de la ciencia-ficción, justificando la opinión de Judith Merril: "Farmer tiene una cañería directamente conectada con el inconciente".

**Lewis, C. S.: TRILOGIA DE RANSOM**

Traducción de Elvio E. Gandolfo

La famosa **Trilogía de Ransom** es la obra cumbre de la ciencia-ficción teológica y, junto a **La guerra de los mundos**, de Wells, y **El hacedor de estrellas**, de Stapledon, uno de los textos básicos de toda la vertiente moderna del género.

**Sturgeon, Theodore: EL SOÑADOR**

SEGUNDA EDICIÓN — Traducción de Roberto Rosaspini

El último libro de relatos del gran Sturgeon, el maestro de toda la ciencia-ficción moderna. Su **Más que humano** marcó a la denominada generación del 60, la que realmente da vuelo literario al género. "El soñador", "Si todo los hombres fueran hermanos ¿permitirías que alguno se casara con tu hermana?" y "Cuando se quiere, cuando se ama" son los tres relatos, verdaderas **nouvelles**, incluidos en este volumen.

**Gibrán, Khalil: OBRAS COMPLETAS**

Khalil Gibrán, el gran poeta del Líbano, nacido a la sombra de los Cedros Sagrados, es una de las figuras más talentosas y especiales de la historia de la literatura. En él se conjugan la vida pastoril, la evocación de las cosas sencillas, el ansia de justicia y libertad con la elaboración del hombre de las ciudades y su angustia existencial.

**FENIX 2: DEDICADO A ALBERT EINSTEIN**

**Contenido:** Relatos de B.J. Bayley, Roberto Silverberg, Theodore Sturgeon, Enrique Barbieri, Magdalena A. Moujan Otaño, Gloria Pampillo, Algernoon Blackwood y F. Marion Crawford. Sección especial: "Memoria de Albert Einstein de Guillermo Boido.

**Asimov, Isaac: EL PLANETA QUE NO ESTABA**

SEGUNDA EDICIÓN — Traducción de Félix Rodríguez Trelles

Duodécimo libro de ensayos de Isaac Asimov, recopilados de **The Magazine of Fantasy and Science Fiction**, donde todos ellos aparecieron originalmente. Algunos temas: el planeta que no estaba (Vulcano), los canales de Marte (inexistentes), Isaac Newton y el arco iris, el olor de la electricidad, el ozono y la amenaza del freón, la colonización del espacio, los platos voladores, el cólesterol y la estrella de Belén.

**Boido, Guillermo: EINSTEIN O LA ARMONIA DEL MUNDO**

Dibujos del autor

Como un verdadero homenaje al cumplimiento del centenario del nacimiento del gran físico (1879) Ediciones Adiax edita este libro que no es un libro más. Pocos saben que Boido, uno de nuestros más exquisitos poetas, es también profesor en ciencias. Aquí —creemos que por vez primera con tanta claridad— se resumen todas las teorías de Einstein, comentadas, explicadas y montadas con una semblanza de su vida.

**Blake, William: CANTOS DE INOCENCIA**

**Cantos de inocencia** es el más famoso de los "Libros iluminados" de Blake, donde el gran artista unía a lo visual con lo poético. Esa edición de 1789 consistía en 17 hojas, cuyo texto grabado aparecían extrañamente intercambiados, ya que no se podía decir dónde comenzaba la poesía y donde lo hacía el dibujo. Es esta la primera edición bilingüe con los grabados a color originales.

**Dubner, Carlos: UN POETA MISTICO DE PERSIA**

Rumi, el gran poeta persa, famoso creador de la "danza de los derviches", iniciador de toda la corriente filosófica sufi, en una selección de sus mejores poemas, traducidos por primera vez al castellano. Carlos Dubner nos introduce en su vida y obra con un personalísimo prólogo y estudio.

**Etcheniqué, Nira: DIEZ Y PUNTO - ULTIMO OFICIO**

Una de nuestras más grandes poetas en los que quizá son sus libros máximos: Todas las alegrías y las tristezas de la relación amorosa desgranadas en versos plenos de belleza. Casi un libro mítico, vivo en el recuerdo de muchos; Adiax se enorgullece de esta reedición imprescindible.

MATHEU 1163 - 1º — 1219 BUENOS AIRES